

Selección

TERROR

¡MATA AL QUE TE QUIERE MATAR!

CLARK CARRADOS

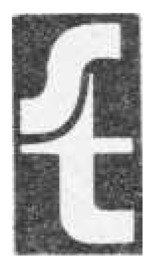


SELECCION TERROR

CLARK CARRADOS

¡MATA AL QUE TE QUIERE MATAR!

Colección
SELECCION TERROR n.° 226 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

221 —El precio del miedo - *Ada Goretti.*
222 — Un diablo suelto - *Clark Carrados.*

223 — Un dulce hogar en el infierno - *Silver Kane.* 224 — El espectro de Famoor - *Kelltcm McIntire.* 225 — El espejo del mal - *Burton Haré.*

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 16.790 - 1977 Impreso en España - Printed in Spain 1.a edición: junio, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

En la oscuridad de la noche, la mujer, que estaba en la cama, despertó sobresaltada y levantó un poco la cabeza. Le había parecido oír un ruidito en alguna parte de la casa.

A su lado, en el lecho conyugal, su esposo dormía plácidamente. Hannah Pellus apartó suavemente las ropas de la cama y puso los pies en el suelo. Cubierta solamente con el liviano camisón y calzada con unas zapatillas, se deslizó silenciosamente hacia el lugar donde le había parecido escuchar el sonido sospechoso.

La noche era clara, despejada. La luna lucía en lo alto del cielo y sus rayos entraban por los ventanales del lado sur de la mansión. Al pasar junto a un ventanal, la hermosa silueta de la señora Pellus se recortó con tanta nitidez como si no hubiese llevado encima una sola prenda de ropa.

Hannah llegó a la biblioteca y asió el tirador. Abrió, dio unos cuantos pasos y entonces vio al individuo que manipulaba en la caja fuerte empotrada en la pared.

—¿Qué hace usted ahí? —exclamó Hannah, sin darse cuenta de que era una pregunta absurda, porque la actitud del desconocido saltaba sobradamente a la vista.

Era un ladrón, no cabía duda. De súbito, se arrojó sobre ella.
—No grites o...

Hannah temió un ataque personal del intruso y sus temores se realizaron un segundo después, porque el ladrón no confiaba mucho en la intimidación verbal y alargó las manos hacia el esbelto cuello de la dama.

Estaban junto a la mesa. Las caderas de Hannah se apoyaron en el borde cuando el ladrón la echó hacia atrás. Ella empezó a sentir desesperadamente la falta de aire.

Iba a morir, pensó. Pero el instinto de supervivencia era muy fuerte y tanteó con las manos detrás de sí. Sus dedos se cerraron de repente sobre la artística plegadera que formaba parte del escritorio.

Hannah movió el brazo derecho. La punta del instrumento rasgó de arriba abajo la mejilla izquierda del ladrón, de cuya garganta se

escapó un horrible alarido. Pero la herida le enfureció aún más y sus manos aumentaron la presión sobre el cuello de la mujer.

Los ojos de Hannah estaban ya cubiertos por un velo rojo. Iba a morir, pensó. Con la fuerza que le infundía la desesperación, asestó otro golpe al ladrón... y otro... y otro...

Chorros de sangre saltaron a su rostro y empaparon el liviano tejido de su camisón y mojaron sus senos y su vientre... Hannah prorrumpió en espantosos alaridos, que retumbaron por todo el interior de la residencia.

Cuando su esposo y la servidumbre, alarmados, acudieron a la biblioteca, vieron a la joven en pie, cubierta de sangre de pies a cabeza, con la plegadera en la mano y murmurando palabras incoherentes.

En el centro de la estancia, sobre un enorme charco de sangre, yacía el cadáver del ladrón.

* * *

Las manos del abogado defensor se apoyaron en el borde del parapeto que separaba a

los miembros del jurado del resto de los ocupantes de la sala.

—Han oído todos los informes periciales: médicos, psiquiátricos, policiales... Conocen perfectamente el estado de ánimo de mi cliente y saben que está mentalmente sana y es responsable de sus actos. ¡Ahora! —El índice del defensor golpeó repetidas veces el borde de la barandilla—. Pero no en el momento de ser atacada por el hombre que había entrado a robar en su casa. Ella declaró posteriormente que el ladrón había intentado asesinarla, por estrangulación. Es una declaración confirmada por reputados médicos que hallaron en su cuello numerosas equimosis... lo que vulgarmente se llama moretones, las clásicas señales de dedos en todo cuello humano cuando es atacado de esta forma por un enemigo.

«Señores del jurado, soy enemigo declarado de la pena de muerte y si ahora fuese el fiscal y la señora Pellus la acusada y se probase su culpabilidad en otra clase de delito que careciera de las atenuantes que existen en el caso que se está juzgando, no pediría para ella, ciertamente, la pena máxima. ¡Pero ella no ha cometido ningún crimen! ¡No ha conspirado para asesinar, no ha planeado fría y deliberadamente la muerte de una persona! No, nada de eso. Simplemente, ha hecho So que todos ustedes, y aun yo mismo, haríamos de hallamos en su caso: procurar la legítima defensa personal, por los medios a nuestro alcance.

El defensor hizo una pausa para volverse a mirar al fiscal. El silencio en el tribunal era absoluto.

Sentado en uno de los primeros bancos, Augustus Sinclair contempló de nuevo a la acusada, una mujer de pálida belleza, incomparablemente distinguida y vestida con sencillez. Sinclair la había visto erguida y había podido apreciar la singular armonía de su figura. «Ni una diosa del Olimpo tendría un tipo mejor», había pensado.

El esposo estaba inmediatamente detrás. A Sinclair, sin saber por las causas, antipatía instintiva suponía, aquel sujeto no le gustaba en absoluto. Era alto, fornido de espesa cabellera negra, con bigote unido a la corta barbita negra, que le confería un vago aspecto de pirata o espadachín de la época de los mosqueteros. Sin embargo, parecía profundamente afectado por lo que le ocurría a su esposa y continuamente se inclinaba hacia ella y le prodigaba frases de ánimo y de consuelo.

—El distinguido fiscal —continuó el abogado defensor—, ha dicho

que mi cliente asestó demasiadas puñaladas a la víctima. No lo niego; está el informe de la autopsia, emitidos por médicos forenses, cuya competencia queda fuera de toda duda. Sí, demasiadas puñaladas, pero... —de nuevo se volvió hacia el jurado—, yo ruego a ustedes se sitúen mentalmente en la misma posición que la acusada. Imagínense que un ladrón ha entrado en su casa y que les ataca, echándoles las manos al cuello para que no griten, y que aprieta y aprieta... Si en ese momento, cualquiera de ustedes tuviera a mano un cuchillo o un arma similar a la plegadera que utilizó la acusada, ¿qué haría?

«Tengamos en cuenta, además, el carácter de mi cliente, persona de acusada sensibilidad y que jamás se ha visto implicada en un conflicto violento, una mujer dedicada íntegramente al cuidado de la casa y al amor de su esposo, dulce, amable, gentil... y que de pronto siente el terror de la muerte. Unas manos fuertes, duras, de un hombre robusto y que se halla en la plenitud de la vida, se cierran sobre su cuello. Ella ve que va a morir y el terror hace presa en su ánimo. Quiere vivir, lógicamente: el instinto de

supervivencia es más fuerte que cualquier otra consideración. Tiene que defenderse. Encuentra la plegadera. Golpea. Ve saltar la sangre, siente sobre su rostro el cálido contacto de ese líquido vital... y en ese momento, se produce el *shock* brutal, absolutamente irreprimible, que los médicos definen como locura transitoria. Entonces, golpea y vuelve a golpear...

«Defendía su vida, señores del jurado, defendía su vida del ataque de un hombre que, como se ha demostrado, era un ladrón profesional. Más, todavía: el ladrón había inutilizado los sistemas de alarma de la residencia donde habitan los señores Pellus. Lo que hubiera podido robar, aun siendo de gran valor, no era tan valioso como su propia vida. Pero, ¿y la vida de la señora Pellus? ¿No tenía valor alguno? Señores del jurado, cuando ahora emitan su veredicto, hagan una simple elección: la vida del ladrón o la de mi cliente. Muchas gracias.

«Una hábil, habilísima defensa», pensó Sinclair, mientras el jurado se retiraba a deliberar.

El juez había suspendido la sesión, pero el intervalo fue muy corto. Antes de un cuarto de hora, el portavoz del jurado, a la pregunta del juez, daba ya su respuesta:

—Consideramos que la acusada no es culpable del delito que se le imputa, Señoría. «Una respuesta llena de sensatez. Técnicamente, no es inocente, porque mató a una

persona, pero tampoco es culpable, porque lo hizo no sólo en legítima defensa, sino bajo locura transitoria», pensó Sinclair.

El juez asintió y dijo:

—Doy las gracias a todos y cada uno de los miembros del jurado, por su colaboración y les relevo desde ahora de toda obligación con este tribunal. Acusada, póngase en pie.

Hannah se levantó.

—El jurado ha emitido su veredicto y a mí no me resta sino hacerlo efectivo. Queda usted libre de todo cargo en relación con la muerte de Elmont Peter Ellis. Ujier, tome nota de que las costas de este juicio irán a cargo del Estado. —El mazo golpeó la mesa dos veces—. Caso concluido. ¡Se levanta la sesión!

Se oyeron fuertes murmullos. Hannah, con sus bellos ojos llenos de lágrimas, aceptó la mano que le tendía el defensor. Su marido pasó al

otro lado y la abrazó fuertemente, en silencio.

El fiscal se acercó y estrechó la mano del defensor. Era la felicitación al vencedor, se dijo Sinclair. El único punto débil en contra de la acusada eran las numerosas puñaladas asestadas a la víctima, pero el defensor había tenido en su apoyo varios hechos de gran fortaleza: los antecedentes del muerto, sus huellas en la lisa superficie metálica de la caja fuerte, la inutilización de los sistemas de alarma y, sobre todo, el ataque de que había hecho objeto de Hannah. Aparte de las equimosis en el cuello, los médicos habían apreciado también lesiones en la tráquea, que la había situado en inminente riesgo de muerte.

En esas condiciones, pensó, una persona golpea y golpea y golpea... porque ha perdido ya la cabeza y sólo piensa en salvar la vida.

El alguacil del juzgado aguarda a poca distancia, contemplándolo críticamente, con una ligera sonrisa en los labios. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba hablando a media voz consigo mismo.

Sinclair se sonrojó ligeramente. Luego se puso las manos en los bolsillos del pantalón y, silbando una alegre melodía, se encaminó hacia la salida.

* * *

Algún tiempo después, Sinclair abrió la puerta a un viejo conocido suyo, llamado Dester Michelson. Sinclair se sorprendió de la visita, porque, en aquellos momentos, Michelson era la persona a quien menos hubiera esperado ver por su casa.

—¡Caramba! —exclamó a! estrecharle la miaño—. Parece que salgas del otro extremo del mundo. ¿Qué es de tu vida, Desty?

Desty era el diminutivo familiar que todos aplicaban al visitante. A Sinclair le llamaban Gus.

—Pues he estado en los antípodas, aunque tú no lo creas —respondió Michelson—. Una misión comercial, ya te puedes imaginar.
—Te iría bien, supongo.

—No puedo quejarme. Sin embargo, ahora estoy preocupado. Sinclair se puso ambas manos en el pecho.

—Desty, yo soy tu amigo y lamento mucho tu problema, pero no veo en qué puedo ayudarte —manifestó—. Demasiado sabes que mi profesión es lo más alejado de la tuya y...

De pronto, sonaron unos tacones femeninos. Una voz de mujer se dejó oír casi en el acto.

—Perdonen los señores que no haya acudido antes. Estaba muy ocupada haciendo limpieza general de la cocina y... ¿Qué desean tomar los señores? ¿Café? ¿Té? ¿O prefieren una bebida fuerte?

Sinclair y Michelson se quedaron mudos de asombro. Delante de ellos, había una hermosa muchacha, de pelo rubio, muy corto, vestida con un ajustado traje gris fuerte, con cofia, cuello, puños y delantal blanco. La falda del vestido era cortísima, de tal modo, que apenas si cubría las espléndidas caderas. Los zapatos eran negros, de medio tacón, sobrios, pero elegantes.

De pronto, Michelson soltó una estruendosa carcajada.

—Gus, viejo sátiro, ¿de dónde has sacado esta hurí del paraíso de Mahoma?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —respondió Sinclair—. Desty, lo creas o no, y me parece que no lo vas a creer, es la primera vez que veo a esta señorita.

—Me llamo Wanda Collins, señor, y soy la mujer de la limpieza que usted solicitó a la agencia —dijo la chica—. Por supuesto, también sé atender a las demás obligaciones de la casa. ¿Les traigo té? ¿Prefieren café?

—Algo fuerte —gruñó Sinclair—. Me parece que lo estamos necesitando.

—Sí, señor. Con su permiso, señor.

La chica dio media vuelta, mientras los dos hombres la contemplaban embobados. De pronto, Wanda vio algo en el suelo y se inclinó para recogerlo con dos dedos. Entonces, Sinclair y su visitante pudieron ver un atractivo panorama de encajes de color rosa fuerte.

Wanda se incorporó y volvió un poco la cabeza.

—En la casa hay ceniceros, señor. Ruego al señor tenga más cuidado, a fin de no estropear el pavimento del salón. Gracias, señor.

La colilla se marchó con Wanda. Ninguno de los dos hombres habían acertado todavía a pronunciar una palabra.

CAPITULO II

Michelson tomó un par de buenos tragos de su vaso alto.

—Te diré lo que me preocupa —habló al fin. De la cocina llegaban a veces ruidos de cacharros—. Me preocupa el caso Pellus.

Sinclair alzó las cejas.

—Está sentenciado —contestó.

—Lo sé, y de acuerdo con lo que he leído, la sentencia está perfectamente justificada. Pero he leído detalladamente las actas del proceso y he observado algo que se les ha pasado por alto a la mayoría, por no decir a todos.

Sinclair miró fijamente a su amigo. Michelson, lo sabía muy bien, era un próspero agente comercial. Pero tenía la sospecha de que la profesión de vendedor servía para encubrir otra, mucho más discreta y, por supuesto, de actividades que no debían ser conocidas por el gran público. Michelson no había dicho jamás ser abogado, por tanto,

¿cómo había llegado a leer algo tan reservado como eran las actas del proceso Pellus?

«*Intelligence Service,* no le demos más vueltas.»

—¿Y bien? ¿Qué es lo que se ha pasado por alto? —preguntó.

—Ellis era un ladrón profesional, hábil y competente. Eso es algo reconocido, fuera de toda duda —dijo Michelson—. Sinceramente, Gus, ¿tú crees que un ladrón tan hábil como Ellis dejaría las huellas dactilares en la puerta de la caja fuerte?

Sinclair parpadeó.

—Yo también había pensado a veces en eso —contestó—. Pero, incluso a veces, el ladrón más hábil comete errores...

—Cuando se es un ladrón de la categoría de Ellis,

no se cometen cierta clase de errores. ¿Para qué están los guantes de goma de cirujano? Pudo haber fallado en la alarma; las hay de muchas clases... pudo haberse equivocado al pensar que los señores Pellus estarían fuera de su casa, cuando se hallaban en ella..., pero nunca habría actuado tan descuidadamente como para dejarse sus huellas, ni en la caja fuerte ni en ninguna parte.

—Muy bien, démoslo por sentado —dijo Sinclair—. ¿Y qué pinto yo en todo esto? Michelson se reclinó en el diván.

—Acabas de dar con la frase exacta —sonrió—. Vas a pintar lo que yo no puedo pintar.

—¿Qué? —gritó Sinclair, que empezaba a adivinar las intenciones de su amigo.

—Eres escritor de muy aceptables novelas policíacas y, además, tu *hobby* es la pintura, hasta el extremo de que ya has colgado telas en dos ocasiones. Por tanto, vas a hacer una excursión a Killonby, con tu caballete, tus telas y tu caja de colores. Como recordarás, Shawnbridge Cottage está a milla y media al Norte de Killonby. Y ahí fue donde murió el nada inexperto Elmont Peter Ellis.

—Pero, por el amor de Dios, Desty, ¿quieres explicarme de una vez lo que sucede?

—Sucede, simplemente, que creemos que la hermosa Hannah Pellus fue incitada al asesinato por su esposo.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Michelson puso un paquetito sobre la mesa.

—Mi compañía piensa que puedes verte obligado a hacer algún gasto extra —añadió—

Como comprenderás, no vamos a permitir que, encima, sufragues la excursión de pintura de tu propio bolsillo.

—Desty, por favor, ¿qué es lo que sospecháis? Al menos, háblame claro; sabes de sobra que soy discreto...

—Sospechamos lo que ya sabes y sospechamos también que en la caja fuerte de Shawnbridge Cottage hay ciertos objetos de gran valor, que no deben pasar a poder de determinado grupo de personas.

Media hora más tarde, Michelson se marchó, dejando a su amigo sumido en un mar de confusiones. Hasta pasado un buen rato, Sinclair no se acordó del paquetito que le había dejado Michelson.

Rasgó la envoltura. Segundos después, lanzaba un fuerte silbido. En el paquetito «para gastos» había mil libras esterlinas.

* * *

—¿Había llamado el señor?

Sinclair dio un salto en su asiento. Atónito, se dio cuenta de que había olvidado por completo a la sugestiva «mujer de la limpieza», quien aguardaba a unos pasos de distancia, en actitud respetuosa y atenta.

—He oído que silbaba... —añadió Wanda.

—No suelo llamar a la gente por medio de silbidos y menos cuando se trata de un...

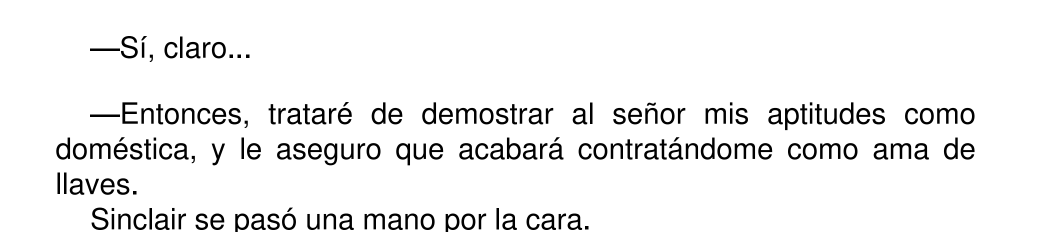
sirviente —dijo él, a la vez que se ponía en pie—. Señorita Collins, quiero que hablemos muy seriamente.

—Wanda, por favor. El señor debe usar mi nombre cuando me dirija la palabra.

—Está bien, Wanda. Yo pedí una mujer de la limpieza, es cierto... con la intención de que, si su trabajo me gustaba, podría contratarla como ama de llaves. Pedí también una mujer libre, sin compromisos, sin familia...

—Yo soy libre, sin compromisos y no tengo familia. Es decir, supongo que el señor se refiere a hijos pequeños a los cuales debería

atender, con descuido de mis obligaciones en esta casa.



—Sí, claro...

—Entonces, trataré de demostrar al señor mis aptitudes como doméstica, y le aseguro que acabará contratándome como ama de llaves.

Sinclair se pasó una mano por la cara.

—Wanda, vamos a ver si aclaramos de una vez por todas esta situación —dijo—. Al hacer mi petición, yo pensaba en una mujer de mediana edad...

—Posiblemente viuda y sin hijos.

—Es lo que se suele solicitar en estos casos, Wanda. Óigame, no es que yo quiera herir sus sentimientos ni que dude de sus habilidades para manejar una casa..., pero, sinceramente, creo que no es la mujer que me conviene.

—¿Puedo preguntar al señor por qué piensa que no puedo servirle? Sinclair alzó los ojos al cielo.

—Wanda, no me va a quedar otro remedio que hablar con toda claridad —contestó—.

Escuche, yo soy soltero y sin compromiso, tengo treinta y un años, una excelente salud y... las apetencias y deseos de todo hombre normal en mi situación. Sí, ya sé que usted va a decirme ahora mismo que el nombre no hace a la cosa, que no debo ver en usted más que a la señora de la limpieza, a una empleada, en suma, pero hay cosas que saltan demasiado a la vista. Francamente, usted sería un elemento perturbador en mi vida. Yo puedo verla a usted por la calle y pensar: «¡Qué muchacha tan bonita!»; pero en seguida me olvidaría de haberla visto. Ahora bien, si la estoy viendo a diario en mi propia casa, a cada momento, si cada vez que quiero tomar una taza de café o de té o tomarme un trago o se me acaban los cigarrillos de la cigarrera... y me aparece usted... y además, con ese uniforme... Por el amor de Dios, Wanda, ¿es que no se siente capaz de adivinar mi situación?

La chica sonrió levemente.
—Por supuesto, señor, pero con un poco de esfuerzo...

—¡No, no quiero hacer ese esfuerzo! —exclamó Sinclair—. Por favor, señorita Collins, dígame el importe de su trabajo en el día de hoy y se lo pagaré en el acto, con una justa indemnización por despido. Pero quiero que salga inmediatamente de mi casa. ¿Lo ha entendido?

Ella se puso muy seria.
—Entonces, ¿me despide?

—Acabo de decírselo, Wanda.

—Temo que en la agencia tenían unos informes muy equivocados de usted —dijo ella—. Me hablaron de un caballero reposado, atento, educadísimo...

—Yo poseo todas esas cualidades, aunque en un grado muy discreto, desde luego. Pero... también tengo otras cualidades. O defectos, según se mire. Y no quiero que esos defectos salgan a relucir, porque, hablando crudamente, soy un hombre y no una estatua de mármol.
Wanda suspiró profundamente.

—Lástima —dijo—. La casa me gustaba tanto, es un trabajo tan agradable... Bien, señor Sinnfair, lamento haberle causado tantos trastornos. Inmediatamente haré él equipaje y...
—Eh, un momento, yo me llamo Sinclair.

—Sinnfair.

—No. Sinclair. ¿De dónde ha sacado ese apellido?

Wanda hurgó en un minúsculo bolsillo de su uniforme y sacó un papel.

—Aquí lo dice bien claro: A Sinnfair, Peiton Place, 22.

—No. Yo soy A. de Augustus, Sinclair, Peiton Place, 32. Ella se quedó con la boca abierta.

—¡Atiza! Entonces, me he equivocado —exclamó. Miró el papel y añadió—: ¡El imbécil del amanuense! Ha puesto un dos que parece un tres.

—Sí, pero en los dos apellidos hay diferencias de algunas letras, me parece —alegó Sinclair.

—Lo siento, lo siento tantísimo —murmuró la chica—. Ha sido una terrible equivocación. Yo tenía que haber ido a casa del señor Sinnfair...

Sinclair la miró de reojo.

—¿A qué? —preguntó.

—Creo que no tengo que responder a esa pregunta, señor.

—Está muy equivocada. Debe responderme o llamaré a la policía. Usted no es la asistenta que yo había solicitado. Además, ha entrado en mi casa sin permiso. ¿Cómo ha abierto la puerta?

—No estaba cerrada con llave.

Wanda tenía las mejillas encarnadas. «Está mintiendo», adivinó él.

—Bien, no vamos a discutir ese punto —dijo, conciliador—. ¿Es una ladrona?

—¡No, por Dios! —Wanda se mordió los labios—. De acuerdo, se lo diré. Tenía que vigilar al señor Sinnfair e informar de sus actividades.

—¿Por qué?

—Un caso de divorcio. Sinclair entornó los ojos.

—Creo que entiendo —dijo—. Usted tenía que tender una trampa a Sinnfair. Cualquier día de éstos, les hubieran encontrado... abrazados' y es un eufemismo para no decir claramente lo que tenía que haber sucedido, y entonces, la esposa habría tenido las pruebas que necesitaba para conseguir el divorcio.

—Oh, no, no es lo que se figura...

—Acabemos de una vez, Wanda. No me interesan los planes de esa agencia de detectives, de la que lo menos que se puede decir es una banda de desaprensivos. Lo que sí quiero es que líe los bártulos y se marche de mi casa ahora mismo.

—Sí, señor —contestó ella mansamente—. Lástima, me hacía tanta falta este trabajo...

—Lo siento.

Wanda dio media vuelta y abandonó la sala. De mal humor, Sinclair llenó medio vaso y tomó un par de tragos.

El asunto de Wanda no le preocupaba en absoluto; ya estaba solucionado. En cambio, a cada segundo que transcurría, se sentía más y más pesaroso de haber aceptado la proposición de su amigo.

Pero la suerte estaba ya echada y no podía volverse atrás. Muy pronto, iría a Killonby. En cuanto a los métodos para conseguir el objetivo encomendado por su amigo, quedaban a su iniciativa.

«Lo que significa el fracaso más absoluto», se dijo.

Wanda salió momentos más tarde, completamente transformada. Ahora vestía un traje de chaqueta, discreto, pero elegante, con pantalones. En la mano derecha llevaba un maletín.

—De todos modos, me alegro infinito haberle conocido —sonrió. Sinclair asintió.

—Al menos, en eso, estamos de acuerdo —contestó—. Wanda, por favor, déjeme su dirección. Tengo que salir fuera de Londres una temporada. A mi vuelta, me gustaría invitarle una noche a cenar y a una buena función de teatro.

Ella vaciló. Sinclair se apresuró a añadir:
—Saldremos como amigos, no como el amo y la sirvienta.

—Ya le llamaré por teléfono —dijo Wanda, eludiendo una respuesta concreta.
—Como quiera. Ah, tome...

Wanda rechazó los billetes que él ponía en su mano.

—No me lo he ganado —alegó.
—Por favor —insistió él.

La joven le miró unos instantes. Luego, su rostro se iluminó en una cálida sonrisa.
—De todos modos, ha resultado muy agradable —se despidió.

Al quedarse solo, Sinclair encendió un cigarrillo. Mientras contemplaba las espirales de humo, se preguntó si habría hecho bien despidiendo a la encantadora Wanda.
Pero, a fin de cuentas, ¿de quién era el error?

Al cabo de unos momentos, trató de olvidar a la chica. Ahora debía preocuparse de algo más importante.

CAPITULO III

Sentada en el lecho, Hannah Pellus se puso una mano en el pecho, como si quisiera contener los violentos latidos de su corazón.
¡Había alguien en la casa!

En alguna parte, sonaba un ruidito. Un intruso se movía en el interior de la residencia. ¿Otro ladrón?

Edwin, su marido, dormía a su lado placenteramente. Hannah le tocó una vez en el hombro para despertarle, pero no repitió el gesto. De pronto, se había acordado del sedante que su marido había tomado al acostarse.

Era hombre de graves preocupaciones. Necesitaba dormir profundamente por las noches. Era la mejor forma de estar descansado al día siguiente.

El ruido se repitió. Hannah apartó a un lado las ropas de cama. Irguiéndose lentamente, caminó con los pies descalzos a lo largo del dormitorio.

Abrió la puerta muy lentamente. En la noche, la casa estaba sumida en un absoluto silencio.

El ruido se repitió en la planta baja. Convertida en una sombra fantasmal, Hannah inició el descenso.

Sus pies descalzos pisaban sin ruido la alfombra que protegía los peldaños de la escalera. Uno, dos, uno, dos...

La puerta de la casa tenía un montante semicircular de cristales. Había dos faroles en el exterior, a ambos lados, y su luz penetraba en parte al vestíbulo. Había iluminación más que suficiente para que Hannah pudiera moverse sin riesgo de tropezar.

Llegó a la planta baja, Hannah se encaminó a la biblioteca. Abrió. El ladrón estaba allí.

Los ojos del intruso la miraban fijamente. Parecían arder. Hannah dio un paso, otro, otro...
Llegó a la mesa. Su mano buscó un arma. Una plegadera de

mango damasquinado.

—Estás vivo, pero te mataré, te mataré... Has entrado a robar en mi casa y te mataré...

Avanzó, avanzó... El ladrón la contemplaba hipnóticamente. Hannah alzó la mano. Gritó, a la vez que apuñalaba al ladrón.

La sangre saltó a chorros hacia su cara, su cuello, sus senos apenas velados...

Y su mano seguía golpeando, golpeando...

Un alarido brutal se escapó de sus labios, un grito que llenó toda la estancia, salió por la puerta abierta y se enroscó por todos los recovecos de la casa, hasta llegar al último rincón.

Era un grito que brotaba de lo más íntimo de su ser:

—*Aaaaaahhhhh...*

La mano armada descargó la última cuchillada y el ladrón cayó muerto. Entonces, la habitación empezó a girar vertiginosamente en torno a Hannah.

La mesa, las butacas, los estantes repletos de libros, los cuadros... todo, todo daba vueltas a su alrededor.

¿O era ella la que se movía, girando enloquecidamente sobre las puntas de los pies, sin

parar un solo instante...? Giraba y giraba y giraba...

La sala desapareció de su vista, porque se hundía en una sima sin fondo, un pozo de

negrura absoluta. El grito de horror quedó como una estela de su caída:

—*Aaaaaahhhhhh...*

Hannah siguió cayendo, cayendo, hasta que, de pronto, se hizo la luz.

* * *

La casa no estaba mal, reconoció Sinclair, mientras trazaba un croquis del paisaje en la tela que había puesto sobre el caballete. Por fortuna, el tiempo era espléndido. En aquellos parajes de la costa de Cornwalles, el invierno era algo horrible.

Ahora había sol, luz, aire cálido, perfume de flores silvestres, hierba, robles...

Y la casa.

Era de planta y piso, con tejado de pizarra, a dos aguas. Antigua, pero confortable en su interior, supuso.

Las vistas debían de ser espléndidas. La casa estaba a menos de diez metros de un profundo acantilado, cuya base era batida ahora por unas olas mansas, que no hacían el menor ruido. Una caída desde aquel precipicio, pensó, debía de ser algo horrible. Más de sesenta metros...

Se estremeció. ¿Por qué pensar en cosas tan lúgubres? ¿Cómo sería Shawnbridge Cottage en invierno?

Vientos, muchas veces huracanados, brumas, lluvia, rumor del oleaje desatado...

Aunque dentro, con una buena chimenea, se debía de estar maravillosamente.

La chimenea, con unos troncos ardiendo alegremente, un par de pieles delante, el perro dormitando cerca del fuego... y una bella esposa tejiendo al lado. Una estampa llena de encanto. Fuera, el

viento y la lluvia harían trepidar los cristales y el sordo bramido de las olas llegaría en ocasiones hasta la sala. Naturalmente, él estaría sentado en un cómodo butacón, con la pipa en la boca, un libro en una mano y una copa de buen jerez al alcance de la otra mano. Perfecto...., pero era sólo un sueño.

Ante la fachada que daba al mar, había una explanada, con algunos muebles de jardín. Una rústica barandilla de troncos, protegía la explanada, junto al borde del acantilado.

De pronto, alguien salió de la casa. Sinclair lo vio con el rabillo del ojo. La distancia era grande, pero tenía la seguridad de que era el esposo de Hannah Pellus.

Edwin T. Pellus, pensó, actualmente sin profesión conocida, aunque trabajando eventualmente en algunos negocios no demasiado limpios, aunque no tanto que pu-dieran considerarse como violación de las leyes. ¿Era cierto que había impulsado a su esposa a cometer un asesinato?

El examen médico de Hannah había dado un resultado negativo en cuanto a drogas. No había habido, pues, sugestión.

Y lo cierto era que ella había estado a punto de morir. La legítima defensa se entendía perfectamente. Pero, aun así, ¿por qué había acuchillado tan salvajemente a Ellis?

Mientras seguía trazando líneas en el cuadro, vio que Pellus le miraba con unos prismáticos. Sinclair continuó actuando con toda naturalidad.

¿Le miraba a él o miraba en otra dirección?

Un coche subía por el camino que conducía al Cottage. Sí, Pellus esperaba a alguien, porque, casi en el acto, bajó los prismáticos y se metió en la casa.

Momentos después, un hombre Se apeó del automóvil. Sinclair vio que Pellus salía a recibirle. El recién llegado portaba un maletín negro en su mano.

¿Un médico?

Posiblemente. Sinclair recordaba muy bien a Hannah. Le parecía una mujer de salud algo deficiente. Claro que después de lo ocurrido y tras los días angustiosos en espera del juicio, no podía ofrecer un buen aspecto.

«Si yo estuviese en el sitio del marido, me la llevaría a mil millas de distancia», pensó. Pero él se llamaba Sinclair y no Pellus.

* * *

—Pase, doctor —dijo Pellus, al estrechar la mano del recién llegado.

—Lamento no haber podido venir antes —manifestó el médico—. Un parto laborioso me ha retenido...

—No se preocupe. Lo importante es que haya venido. Pero... lo que nos sucede es tan horrible...

Los dos hombres subían por la escalera que conducía al primer piso.

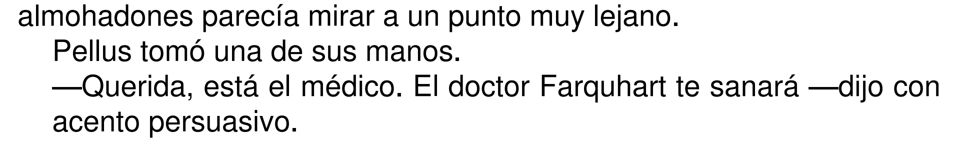
—Mi esposa... Ha tenido un sueño horrible. De nuevo se vio matando al ladrón...

Gritaba como una loca... Yo había tomado un sedante para dormir; mis preocupaciones, ¿sabe? Pero, a pesar de todo, la oía gritar... Me desperté y procuré tranquilizarla... No sé si habré hecho bien, pero tuve que recurrir a un procedimiento brutal: como no callaba, me la llevé al baño y la metí bajo la ducha. Entonces, por fortuna, se desmayó...

El doctor Farquhart hizo un gesto de asentimiento.

—A veces, da resultado —dijo.

Entraron en el dormitorio Hannah, recostada sobre una pila de



almohadones parecía mirar a un punto muy lejano.

Pellus tomó una de sus manos.

—Querida, está el médico. El doctor Farquhart te sanará —dijo con acento persuasivo.

—El ladrón estaba en casa... —sollozó Hannah—. Yo lo he visto... Míreme las manos, el cuerpo... Me llenó de sangre cuando lo apuñalé...

Farquhart contuvo un gesto de desagrado.

—Cálmese, señora —dijo—. No tiene nada que temer no ha sucedido nada. Sólo ha sido una pesadilla.

Tomó la muñeca de la enferma y consultó su reloj. Luego la auscultó y examinó a continuación sus ojos, su lengua y fosas nasales.

—Se encuentra perfectamente, sólo que tiene que abandonar esa estúpidas ideas, y perdone la franqueza —dijo minutos más tarde—. Usted sufrió un trauma muy agudo, se encontró en una situación más que desagradable y por la que muy pocos mortales pasan en esta vida. Es natural que hayan quedado secuelas del suceso en su mente, pero debe esforzarse por olvidar. Es joven, atractiva y tiene un marido que la adora. Debe pensar en

que ese hecho ha de ser borrado por completo de sus recuerdos; tiene que convencerse a sí misma de que lo que sucedió ya no es, que fue y que no volverá a ocurrir... que defendió su vida..., pero, sobre todo, debe olvidar, olvidar por completo. Borre el hecho de su mente, señora.

Hannah seguía llorando silenciosamente. Extendió sus manos y dijo:

—Las tenía llenas de sangre... y la cara y el pecho... Edwin, querido, enséñale el camisón... Brotaban ríos de sangre de las heridas... El camisón, enséñaselo, por favor...

Pellus hizo un leve gesto, destinado al médico. Farquhart asintió, a la vez que abría su maletín.

—Voy a darle un tranquilizante, señora —dijo—. Esto la hará dormir. Cuando despierte, estará como nueva.

—¡No, no quiero dormir! ¡Voy a tener de nuevo esa horrible pesadilla! —gritó Hannah. Pellus se inclinó y la abrazó tiernamente.

—Querida —dijo—, el doctor Farquhart sabe lo que más te conviene. Hazle caso, te lo suplico.
Hannah le puso los brazos en torno al cuello,

—No podré olvidar jamás... —sollozaba.

Sobre la mesilla de noche había un vaso con agua. Farquhart lo tomó y tendió con la otra mano una píldora a la enferma.
—Se lo suplico, señora —dijo.

Al fin, Hannah consintió en tomar la medicina. Luego se reclinó sobre los almohadones. El médico empezó a recoger sus instrumentos.

—Ah, una cosa muy importante —sonrió—. Claro es que yo soy un médico chapado a la antigua... Señor Pellus, su esposa debe comer. Carne medio hecha, mantequilla..., sí, mantequilla, buenos pescados, fruta y verdura en abundancia... También le daré un reconstituyente; está muy delgada y eso podría causarle graves perjuicios, dado el riesgo de una anemia perniciosa, que afectaría no sólo a su cuerpo, sino a su mente. Hablando en plata, señora, ¡coma! ¡Devore, como cuando era una adolescente!

Las últimas palabras de Farquhart consiguieron arrancar una tenue sonrisa a la enferma.

—Creo... que ahora me siento un poco mejor...
Pellus se inclinó y la besó en la frente.

—Cuando despiertes, tendrás medio cordero asado —se despidió para acompañar al médico.
Los dos hombres se detuvieron en el vestíbulo.
—¿Y bien, doctor? —dijo Pellus.

Farquhart miró penetrantemente al dueño de la casa.
—¿Quiere un consejo sincero? —preguntó.

—Se lo ruego, doctor.
—Llame a un psiquiatra.

Pellus guardó silencio unos segundos. Luego, lentamente, dijo:

—El camisón supuestamente marchado de sangre es el mismo que llevaba puesto en estos momentos.
—El psiquiatra —insistió Farquhart.

—Sí, doctor.

* * *

A cada momento que transcurría, Sinclair se preguntaba cómo iba a llevar a cabo la misión que le había encomendado su amigo.

¿Por qué no lo hacía él, más experto en esta clase de trabajos? ¿Era que en el Intelligence Service no había agentes de todas clases, de todos los tipos humanos imaginables y con todas las profesiones habidas y por haber?

Pero quizá se trataba de un asunto tan delicado que no podía ser encomendado a un funcionario oficial. Y, bien mirado, su afición a la pintura era un excelente disfraz para pasar desapercibido en el pequeño pueblo, en cuyas inmediaciones se hallaba situado Shawnbridge Cottage.

La tarea no iba a resultar fácil, pero, casi de repente, se sintió entusiasmado. Si lo que su amigo le había dicho era cierto, Hannah era una hermosa mujer en manos de un desalmado criminal. Merecía la pena rescatarla, aunque, por supuesto, había que hacerlo, no sólo con el máximo de astucia posible, sino con una discreción total.

El quid de la cuestión, a su entender, estribaba en las huellas que Ellis había dejado en la caja fuerte. ¿Por qué un ladrón tan avezado había cometido un error tan descomunal?

Pasó gran parte de la tarde en su habitación. Había concebido una idea para una novela policíaca y se entretuvo trazando un esquema del argumento, como solía hacer por costumbre. Luego lo ampliaría, haría el borrador, buscaría la documentación necesaria...

El lugar en que se alojaba era, de nombre, una posada, pero, en realidad, un confortable hotel, de muebles antiguos, rústicos y cómodos, con brillantes suelos de madera y con una excelente vista sobre la costa desde la ventana de su amplio dormitorio, que disponía de baño independiente.

En el mobiliario figuraban además de un par de butacas, una mesa escritorio y una silla. La ventana quedaba a la izquierda de la mesa, de modo que, cuando Sinclair se cansaba de escribir, podía contemplar el panorama, los prados, con sus cercas, los árboles y, a lo lejos el mar, con algunos escollos perennemente rodeados de blancas espumas. Con buen tiempo, ciertamente, Killonby era un

lugar muy agradable.

A las siete bajó al comedor. En aquellos momentos, aparte de un matrimonio de mediana edad, quienes, sin duda, estaban pasando una temporada de descanso, y de él mismo, había sólo otro cliente, un sujeto de unos treinta y cinco años, de rostro cuadrado, granítico y hombros anchísimos. Parecía un luchador ya retirado de los cuadriláteros, pero en sus facciones, sin embargo, no había el menor síntoma de estulticia. Era mucho más inteligente de lo que aparentaba a primera vista, dedujo Sinclair muy pronto.

La camarera llegó en aquel instante, con una gran cartulina en las manos.

—La carta, señor —dijo.

Sinclair sintió una especie de descarga eléctrica. Lentamente, alzó la vista y miró a la camarera.

Ella le devolvió la mirada, con una ligera sonrisa. El uniforme, por supuesto, era mucho

más discreto, de falda que llegaba justo a un par de centímetros por encima de las rodillas, pero la voz, la cara y el tipo eran los mismos. Vestía con más mesura, pero era Wanda Collins.

CAPITULO IV

Abrió la puerta lentamente, sin hacer ruido, y sonrió al contemplar el agradable espectáculo de una muchacha cuya única indumentaria eran un brevísimo sujetador y unos pantaloncitos de encaje, ambas prendas de color blanco. Entonces, Wanda pareció presentir que no estaba sola y volvió la cabeza.

Era una muchacha serena. Corrió a buscar la bata, pero no gritó ni hizo aspavientos, aunque sí apareció un relámpago de ira en sus hermosos ojos grises.

—¿Qué hace usted en mi dormitorio? —preguntó, con la bata delante del cuerpo.

—Soy un sátiro, que ansia saciar sus lúbricos deseos en una hermosa doncella — contestó él desenvueltamente—. Cuando haya salido de esta habitación, usted estará destrozada, su honor destruido...

—Vamos, hombre, déjese de frases inicuas. ¿Por qué no habla claro de una vez? Sinclair se puso un pitillo en la boca.

—Y usted, ¿por qué no es franca conmigo?

—Soy la camarera del hotel —respondió Wanda—. Si no me cree, pregúntele al dueño.

—Me contestaría afirmativamente, por supuesto. Pero, dígame, ¿a quién tiene que espiar aquí? ¿A mí?

—Le diré una cosa, mejor dicho, no puedo decírsela, porque me debo al secreto profesional.

—Oh...

Sinclair miró críticamente a la joven, que permanecía en la misma posición, con la bata delante del cuerpo. Pero la prenda era muy pequeña y los hombros quedaban al descubierto, así como buena parte de las piernas.

Ella se puso colorada como una guinda.

—Me está desnudando con la mirada, sátiro —le apostrofó.

—¿Qué hombre no lo haría? —contestó él desenvueltamente—. Bien, si quiere espiarme, me hospedo en la habitación número tres.

Por si le interesa, sobre mi escritorio encontrará un cuaderno, con algunas anotaciones para el borrador de mi próxima novela. Lo demás, documentos, objetos de uso personal, ropas... en fin, lo corriente en un hombre de mi edad, que se desenvuelve bien económicamente. Pero no llevo zapatos con tacones huecos y en mis plumas y lápices no hay compartimentos secretos.

Sinclair se dirigió hacia la puerta, pero, de repente se volvió. Ella empezaba a quitarse la bata de delante y corrigió el gesto instantáneamente.

—Por cierto, ¿la despidieron de la agencia? ¿Pudo espiar al señor Sinnfair? Wanda apretó los labios.

—Eso no es cosa que le interese —respondió secamente.

—Hay algo que me ha preocupado mucho. Entonces no reparé y, además, usted se había marchado, pero ahora sí puedo preguntárselo. ¿Sabe usted abrir las puertas cerradas con llave?

—No.

—Eso significa que la puerta de mi casa fue abierta por un experto de su agencia, ¿no? Sinclair se echó a reír.

—Vaya una agencia y vaya unos investigadores —comentó burlonamente como despedida.

Al cerrar la puerta, oyó el inequívoco ruido de un cacharro roto en mil pedazos. Se preguntó cómo sería el jarroncito que Wanda le había arrojado, afortunadamente, sin alcanzarle.

Pero la sonrisa se borró muy pronto de sus labios. La presencia de Wanda en la posada, era, por lo menos, preocupante.

¿Había alguien más interesado en el misterio de Shawnbridge Cottage?

Poco después, llegó a su cuarto y abrió. Encendió la luz y empezó a quitarse la chaqueta. Entonces, alguien, inesperadamente, le atacó por detrás.

Fue un ataque destinado más bien a inutilizarle. El intruso le subió la chaqueta, tapándole la cabeza, de modo que perdió la visión. Luego le pegó un golpe en la nuca, no demasiado fuerte, aunque sí lo suficiente para hacerle caer de rodillas, medio desvanecido.

Vagamente oyó rumor de pasos que se alejaban y el ruido de la puerta al cerrarse. Luchando contra su desmayo, consiguió quitarse la chaqueta. Fue al baño y metió la cabeza bajo el grifo del lavabo.

Un poco más tarde, ya despejado, revisó su habitación. Todo parecía en orden, pero, aun sin ser un experto, pudo apreciar que el que había registrado el dormitorio sí lo era.

Sus preocupaciones aumentaron, pero como no podía resolver ningún problema por el momento y lo que menos le convenía era organizar un escándalo, optó por tranquilizarse. Así pudo conciliar el sueño sin complicaciones.

Al día siguiente, por la mañana, después del desayuno, agarró los trebejos de pintor y se encaminó al mismo sitio, para continuar su tarea.

* * *

—Estoy preocupado por la señora —dijo Edwin Pellus a su mayordomo, mientras consultaba la hora en su valioso reloj de oro—. No acaba de olvidar el suceso que tantos trastornos nos ocasionó a todos, a ella en primer lugar, y eso me tiene muy desanimado. Cedric,

cuiden de ella durante mi ausencia.

—El señor puede irse tranquilamente —contestó el mayordomo—. Elisa, el ama de llaves, la cocinera, la doncella y yo cuidaremos con todo afecto a la señora.

Pellus meneó la cabeza.

—Creí que habría mejorado y hasta olvidado aquel horrible asunto, pero... Cedric, he hablado con un psiquiatra de confianza y buen amigo mío. Ha prometido venir a visitar a la señora. Si llegase durante mi ausencia, atiéndalo como si yo mismo fuese. Ella está advertida, por supuesto.

—Sí, señor.

—El nombre del psiquiatra es Borglum. No sé cuándo vendrá y me gustaría estar presente cuando la entreviste, pero este negocio que ha surgido en Londres es inaplazable.

—Comprendo, señor. Si el señor me lo permite, sugiero que alguna de las mujeres duerma en el mismo piso, en alguna de las habitaciones para huéspedes. Podría hacerlo la

señora Mac White...

—¡Excelente idea, Cedric! —aprobó Pellus—. Dígaselo así en mi nombre a la señora Mac White. Y mi esposa se sentirá también muy contenta de saber que tiene cerca a quien puede ayudarla, en caso necesario.

Pellus echó a andar hacia la puerta, llevando en la mano el abrigo y el maletín de ejecutivo. Cedric, el mayordomo, se apresuró a abrirle.

Situado detrás de su caballete, Sinclair vio a Pellus que salía de la casa. El mayordomo se apresuró a abrirle la puerta del coche, que arrancó a los pocos segundos.

Pellus salía de viaje, era evidente, a juzgar por su aspecto. ¿Adónde?

Si iba a Londres, no podía volver en el mismo día. Aparte de que la distancia era larga, no haría el viaje simplemente para echar una carta o tomar un par de copas con algunos amigos. Iba por negocios... y ¿cuánto tiempo faltaría del Cottage?

¿Debía aprovechar la ocasión para entrar en la residencia?

Continuó pintando apaciblemente. Una hora más tarde, vio a un hombre que se movía de una forma sospechosa.

El sujeto se acercaba a la casa, procurando ocultarse en la vegetación de la meseta que la rodeaba por tres de sus lados. Si no se hubiera sentido alarmado, dada la actitud tan sospechosa del individuo, Sinclair hubiera soltado el trapo de la risa.

«Hay que ver lo mal que lo hace», pensó.

De pronto, el sujeto volvió la cara un instante. Sinclair se quedó pasmado.

Era el mismo individuo a quien había visto la noche precedente en el comedor de la posada. ¿Qué hacía aquel tipo en los alrededores del Cottage?

Acaso era un ladrón que estudiaba el terreno para dar un próximo golpe. Empezaba a calcular la posibilidad de avisar a los habitantes de la casa, cuando, de pronto, vio al tipo que se incorporaba, con las manos en alto.

Sinclair parpadeó de asombro. Delante del intruso había un hombre, vestido con ropas oscuras y qué empuñaba con mano firme

una escopeta de dos cañones.

Debía de ser el mayordomo de la casa. Los dos hombres hablaron brevemente. Luego, el mayordomo movió la escopeta y el intruso echó a andar hacia el edificio.

Un cuarto de hora más tarde, vio llegar un coche, del que descendieron dos hombres uniformados. A los pocos momentos, el intruso salió entre los agentes y entró en el automóvil, que emprendió el regreso de inmediato hacia el pueblo.

—A Pellus le gusta tener la casa bien vigilada —murmuró, mientras suspendía su labor unos momentos para encender un cigarrillo.

Pasado el mediodía, regresó a la posada. Una vez más, volvió a sentir asombro, al ver al supuesto ladrón, sentado tranquilamente ante una jarra de cerveza.

Sinclair no pudo resistir a la tentación. Dejó a un lado los útiles de pintor y se sentó frente al individuo.

—Parece ser que ha conseguido salir con bien del lío —dijo. El hombre le miró a la vez que sonreía ampliamente.

—No tenían motivos para arrestarme —declaró—. El mayordomo quería acusarme de robo, pero he podido demostrar que estaba dando un paseo. Tal vez me adentré sin darme cuenta en la propiedad ajena, pero es que tampoco hay vallas que la delimiten, salvo en la zona más inmediata a la casa. Usted es el pintor, ¿verdad?

—Así es. Me llamo Sinclair.
El otro le tendió la mano a través de la mesa.

—Alex Kyle —dijo—. ¿Una cerveza?

—Se acepta —contestó Sinclair, quien pensó que el conocimiento con otras gentes nunca podía estorbarle.
La camarera llegó en aquel momento.
—Otra jarra para el señor Sinclair —pidió Kyle.

—Al momento, señor —contestó Wanda
inexpresivamente. Kyle guiñó un ojo.
—Vaya hembra —comentó.
—Guapa, sí, señor —sonrió Sinclair—. ¿De vacaciones?

—Eso es. Esta comarca me gusta. Aire puro, campos verdes, mar, cielo azul... Lo mejor para limpiar los pulmones de la contaminación.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Kyle.
—Por favor, llámeme Alex. ¿Cuál es su nombre, Sinclair?

—Gus.

Wanda vino con la cerveza. Kyle levantó su jarra.
—Por sus buenas pinturas, Gus —brindó.
—Por sus buenas vacaciones —sonrió Sinclair.

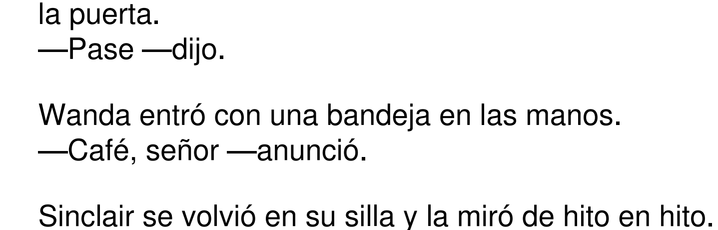
* * *

Alrededor de las tres, un coche se paró frente a la posada. Sinclair oyó el ruido del motor y se ^somó a la ventana.

En circunstancias ordinarias, no se hubiera preocupado del recién llegado, pero ahora la cosa era distinta. Tenía que hacerlo.

Un hombre se apeó del coche. Era alto, ancho de hombros, de cabello rubio, espeso y alborotado, gafas de montura negra, grandes, aunque con cristales graduados, y gran mostacho de vivo color dorado. Parecía el tipo de joven científico moderno, despreocupado en cierto modo de los convencionalismos sociales. Caminaba con pasos rápidos y aire desenvuelto, y desapareció rápidamente en el interior de la posada.

Sinclair volvió a su labor. Un cuarto de hora más tarde, llamaron a


la puerta.

—Pase —dijo.

Wanda entró con una bandeja en las manos.

—Café, señor —anunció.

Sinclair se volvió en su silla y la miró de hito en hito.

—No he pedido café —manifestó.

—El recién llegado se llama Borglum, es psiquiatra y viene a visitar a la señora Pellus — dijo la chica.

—¡Caramba, qué pronto lo ha sabido usted! —exclamó Sinclair, atónito.

—Me imaginé que al señor le agradaría conocer estos detalles. —De repente, Wanda se frotó con fuerza la cadera izquierda—. Espero que sea mejor psiquiatra que... que ciudadano. Si se descuida, me envía al traumatólogo.

Sinclair se echó a reír.

—Esa clase de «lesiones», vulgo pellizcos, necesitan de un dermatólogo y no de un especialista en huesos. Me pareció simpático y desenvuelto, Wanda.

—Demasiado. Ahora está abajo, con un grupo de aldeanos, contándoles unos chistes verdes... ¡Dios mío, y pensar que ése es el hombre que va a curar a la señora Pellus! —se escandalizó Wanda.

—Le diré una cosa, muchacha. La mayor parte de los hombres necesitan descargar la tensión de su trabajo de una forma u otra. Hay quien se emborracha, hay quien juega una partida de naipes o de golf... Supongo que el doctor Borglum debe de concentrarse profundamente en su labor de psiquiatra, pero que también, como todo el mundo, necesita unos momentos de distracción. Para él, charlar, contar chistes y beber una cerveza con unos aldeanos, gente amable y sencilla, muy distinta de las sofisticadas personas con quienes ordinariamente ha de tratar, no deja de ser una válvula de escape.

—Puede ser —dijo ella, no muy convencida.

—¿Qué esperaba? ¿Un médico a la antigua usanza, con cuello alto, levita, quevedos con cinta negra y barba entrecana, que murmurase, además, frases ininteligibles? El hecho de ser un psiquiatra no significa que se haya de vestir como un hombre del siglo diecinueve ni es necesario que se comporte como un monje.

—Sí, también los psiquiatras son seres de carne y hueso —rió Wanda sardónicamente—. Ande, bébase el café, se le va a enfriar.

Ella caminó hacia la puerta. Sinclair empezó a remover el azúcar con la cucharilla.

—Wanda, le voy a dar una receta contra pellizcos —dijo. La muchacha se detuvo, con la mano en el picaporte.

—Póngase unos pantalones de hierro —añadió él.

Wanda soltó un bufido. Sinclair contuvo una carcajada. Al cabo de unos minutos, volvió a su trabajo.

Más tarde, bajó a la sala, que era también la taberna. El doctor Borglum, sentado ante una mesa, tenía frente a sí a un robusto aldeano. Los dos hombres estaban echando un pulso.

El aldeano era tremendamente fuerte, pero Borglum demostró serlo más todavía. Al cabo de un largo minuto de silencioso y tenso forcejeo, consiguió abatir la mano de su adversario.

Borglum lanzó una estruendosa carcajada.

—¡He ganado, amigo! Esto le enseñará qué también los médicos sabemos cultivar nuestra musculatura.

—En su caso, doctor, bien puede decir que predica con el ejemplo, aunque su especialidad no sea la gimnasia —dijo el vencido, jovialmente.

—Sí, es cierto, el hombre debe hacer ejercicio siempre que pueda, cualquiera que sea su profesión. Bueno, vamos a celebrar la dura batalla. ¡Camarera, una ronda para todos! Voy a beber un buen trago de cerveza, antes de empezar mi trabajo.

—¿Va usted a Shawnbridge Cottage, doctor? —preguntó el aldeano.

—Sí, amigo mío. El esposo de la señora Pellus es un buen amigo mío y me ha encargado trate de curar la mente de su mujer, herida, como ustedes saben, en lo más profundo de su ánimo, después del terrible suceso de que fue principal protagonista.

—Sí, fue algo horrible, doctor —convino otro de los presentes.

Entonces, Sinclair, discretamente, abandonó la taberna, para pasar al comedor y de aquí a la calle.

CAPITULO V

—Todavía hay ocasiones en que veo a aquel horrible individuo, doctor —dijo Hannah— No puedo remediarlo; me despierto por las noches, terriblemente angustiada, empapada de sudor...

Borglum, sentado junto al diván de la sala en que había hecho acostar a la dueña de la casa, movió la cabeza, a la vez que sonreía con aire jovial.

—Mi querida señora Pellus, es preciso que, de una vez por todas, empiece a desechar esas imágenes. Tiene que pensar que aquello ya pasó, que usted defendía su vida, que lo que hizo no fue sino una acción completamente lógica, de puro instinto de supervivencia, como lo habríamos hecho cualquiera de nosotros en su caso. Ya sé que el suceso la afectó muchísimo y que aún no se ha repuesto del todo, pero, señora, nosotros, los médicos, contamos siempre con los enfermos. Por mucho interés que ponga un médico, si su paciente no quiere curarse, ¿qué pueden ganar uno y otro? Nada, lo perderán todo... ¿O es que usted no siente deseos de curarse y liberarse de una vez de esas horribles pesa-dillas?

—Por supuesto, doctor; pero, hay momentos en que el recuerdo puede más que yo... y veo de nuevo al ladrón, con la cara acuchillada, arrojando sangre por las heridas...

—Por favor, señora... O, mejor, como he de venir a verla con cierta frecuencia, permítame que la llame Hannah. ¿Le importa?

—No, doctor.

—Yo me llamo Jefferson, pero todos me dicen Jeff. Llámeme también de esta forma. El trato, así, resultará más beneficioso. ¿De acuerdo?

—Sí, Jeff.

Borglum tomó la muñeca de la paciente.

—El pulso, desde luego, está alterado, pero es consecuencia lógica de la excitación sobrevenida al recordar lo sucedido. Nada de importancia, Hannah, puede creerme. Aunque no soy amigo de las medicinas, he traído en mi equipaje unos sedantes muy suaves, que la ayudarán a conciliar un sueño, tranquilo, profundo y sin pesadillas.

Hannah sonrió levemente.

—Gracias, doctor..., perdón, Jeff.

—Eso pasará, se lo aseguro. Ya no volverá a ver más a aquel hombre.

Hannah guardó silencio. De pronto, Borglum se dio cuenta de que la enferma tenía los ojos espantosamente dilatados, fijos en un punto situado a sus espaldas.

—Ahí está, doctor,.. Ahí, detrás de usted... Entre las cortinas...

Hannah lanzó un terrible grito:

—¡Es él! ¡Ha vuelto! No le maté, está vivo...

—Cálmese, por Dios —exclamó el psiquiatra—. Aquí no hay nadie; estamos usted y yo solos...

La enferma se había incorporado un tanto en el diván y señalaba con manos convulsas hacia unos grandes cortinajes que había al otro lado de la estancia.

—¡Allí, doctor, allí! —insistió.

Borglum atravesó la estancia a grandes zancadas y descorrió las cortinas de golpe.

—No hay nadie, Hannah, por el amor de Dios —dijo, segundos después, a la vez que se volvía hacia su paciente—. ¿Por qué no se esfuerza en desterrar esa idea de su mente?

Pero ella no le contestó. Había perdido el conocimiento y yacía en el diván, con los ojos cerrados y un brazo moviéndose fuera, lentamente, como un péndulo de carne blanca y perfumada.

La puerta de la estancia se abrió. Cedric, el mayordomo, y el ama de llaves, aparecieron en la entrada.

—Ha sufrido un desvanecimiento —dijo Borglum—. No tiene importancia, se recobrará en seguida. Lo peor es la obsesión que tiene fija en su mente. Va a ser muy difícil conseguir su curación —suspiró.

—Convendría subirla a su habitación —sugirió la señora Mac White.

—Sí, prepárale la cama —convino el psiquiatra.
Cedric meneó la cabeza.

—Pobre señora. Tanto que la ama el señor...

—La curaremos, Cedric, la curaremos —dijo Borglum esperanzadamente, a la vez que se inclinaba para alzar a Hannah en sus brazos.

* * *

Cuando el psiquiatra, con la joven desvanecida en brazos, y el mayordomo, hubieron abandonado la estancia, Sinclair abandonó también su observatorio, situado al pie de una de las ventanas, cuyo bastidor había alzado ligeramente. Durante unos segundos, sintió la tentación de entrar en la casa, pero se contuvo a tiempo.

Había llegado al oscurecer y ya era de noche cerrada. Tal vez, muy pronto, el mayordomo conectaría los sistemas de alarma. Era preciso evitar que su presencia fuese detectada en el lugar.

—Mi amigo Michelson me envió aquí..., pero ¿por qué no me indica cómo desconectar el sistema de alarma? —se preguntó, mientras

emprendía el regreso con la máxima cautela.

Tendría que consultárselo. ¿Sería el teléfono un buen medio de comunicación para un asunto tan reservado?

De repente, debido a la oscuridad, se encontró con que le fallaba el terreno. Braceó, tratando de recobrar el equilibrio, pero acabó por caer y rodar por un pequeño talud cubierto de espesa hierba.

La caída no duró mucho, apenas tres o cuatro volteretas. Pero al llegar al fondo, Sinclair tropezó primero con un bulto. Luego quedó tendido encima del obstáculo.

Alguien se quejó en voz baja. Sinclair, atónito, se dio cuenta de que la persona que tenía debajo era Wanda.
—Usted —dijo.

—Por favor, ¿querría «apearse» de tan privilegiada situación? —pidió ella con voz glacial.

Sinclair contuvo una alegre carcajada. Rodó a un lado y se quedó sentado en el suelo. Wanda se sentó también y empezó a limpiarse la ropa con las manos.

—Como espías, somos rematadamente malos —dijo él.

—Usted no me había visto. Si no llega a caerse, pasa de largo y ni se entera de que me había escondido aquí —respondió Wanda.

—Eso significa que sí me había visto.

—Efectivamente. Estaba muy bien, agachado al pie de la ventana, escuchando atentamente lo que decían el psiquiatra y la señora Pellus.

—Y usted estaba en la ventana de al lado.

Wanda puso hacia arriba las palmas de sus manos.

—Ya no hay motivos para negarlo —dijo.

—En efecto, no hay motivos —convino Sinclair—. ¿Ha presenciado la sesión psiquiátrica?

—Sí.

—¿Qué le parece?

—Normal, corriente en un caso poco menos que perdido.

—Ah, usted cree que Hannah Pellus es un caso perdido.

—Hombre, a las seis de la tarde, aunque ya sea de noche, no se ve tan fácilmente el fantasma de un hombre muerto. Vamos, al menos eso es lo que pienso yo.

—En tal caso, para usted, los fantasmas sólo deben aparecerse a la medianoche.

—Yo no digo tanto, pero, sinceramente, creo que esa pobre chica está perdida. Ella se ha llevado un susto tremendo, pero el mío no se ha quedado atrás.

—¿Por qué? —se extrañó Sinclair.

—Yo estaba al pie de la ventana en donde ella dijo se ocultaba el ladrón acuchillado. Por fortuna, el doctor no me vio cuando vino a descorrer las cortinas.

—Tampoco yo la vi, Wanda.

—Recuerde la topografía de la sala. Dos de sus lados dan a fachadas que se unen en ángulo. Usted estaba en la ventana que daba al acantilado y yo en la que da hacia el pueblo.

—Sí, lo comprendo. Bien, no le quiero hacer preguntas sobre el motivo de su estancia subrepticia en el Cottage, porque ya sé que se va a escudar en el secreto profesional, pero sí me permitiré recordarle

que muy pronto será la hora de servir la cena en la posada.

Wanda se puso en pie ágilmente y empezó a limpiarse la espalda de hierbas y pajitas secas.

—No hay demasiados huéspedes —contestó—. El dueño pensó que se iba a «forrar» con los turistas que vendrían atraídos por el crimen, pero se ha equivocado. Bien mirado, es un suceso vulgar.

—A los protagonistas no les pareció tan vulgar, Wanda.

—Hay que contemplarlo con los ojos de los que están fuera del asunto. Nosotros no, por supuesto. —De pronto, ella se volvió y le miró muy de cerca—. ¿Por qué espiaba la casa? —inquirió.

Sinclair se puso un dedo en los labios.

—Secreto profesional —contestó.

Wanda rió suavemente.

—Será mejor que volvamos —propuso—. Ah, y procure no tropezar de nuevo. No

siempre me va a tener a mí... de colchón salvavidas.

—Eso es lo que más lamento —dijo Sinclair jovialmente.

Caminaron una veintena de pasos. De súbito, se oyó un crujido de arbustos o maleza en las inmediaciones.

Wanda lanzó un gritito de susto y se abrazó a Sinclair. Alguien corría en las inmediaciones.

Sinclair vio una silueta humana que se movía con enorme rapidez. El sujeto desapareció en cuestión de segundos.

Sintióse muy preocupado. ¿Había alguien espiándoles?

En todo caso, había dos razones por la que debían sentir cierta tranquilidad: el desconocido no había intentado atacarles y escapaba en dirección a Killonby.

Wanda estaba todavía colgada de su cuello. Sinclair notó la firme presión del bien formado cuerpo femenino. Estuvo así unos segundos y luego sonrió.

—El peligro ha pasado —dijo.

—¿Qui... quién era? —preguntó ella con un hilo de voz.

—No lo sé. Nos espiaba, pero, en su lugar, yo no me preocuparía demasiado de ese sujeto.

—Me ha dado un susto de muerte, créame.

—Opino que no debemos darle importancia al hecho. Nunca faltan, y sobre todo, en los pueblos pequeños, .individuos de mente retorcida o bien deficientes psíquicos, que gustan de seguir a las parejas.

—Mirones, vaya.

—Exacto.

—Pero usted y yo no hacíamos nada... —De súbito, Wanda se dio cuenta de que aún estaba abrazada a Sinclair y se retiró vivamente—. Usted parece hallarse muy a gusto con esta situación, ¿verdad?

—A disgusto no estaba, desde luego —sonrió él.

—¡Tipo fresco! —refunfuñó la muchacha—. Será mejor que volvamos al pueblo.

—Sí, sobre todo, considerando que tengo un hambre de lobo y que usted debe servirme la cena.

Reanudaron la marcha. A los pocos pasos, Sinclair vio en el suelo un objeto que despedía ciertos extraños destellos y se agachó para recogerlo.

—¿Qué es eso? —preguntó la chica.

Sinclair ya lo sabía por el tacto, pero prefirió encender su mechero. Wanda lanzó una exclamación de asombro al ver el objeto que él tenía en su mano: otro encendedor, con dos iniciales hechas de diminutos brillantes, incrustados en el oro de la pieza.

—¡Caramba, eso es una joya! —dijo—. ¿Quién lo habrá perdido?

—Un hombre cuyo nombre corresponde a las iniciales H. W. ¿Conoce usted a alguien cuyo nombre y apellido empiecen por esas dos letras?

—No, pero, en todo caso, tiene que ser una mujer.

Ese encendedor sólo puede usarlo una señora. Es un objeto de lujo, destinado a llevarlo en el pequeño bolso que se usa en fiestas y recepciones...

—El que lo perdió, desde luego, era un hombre. Bien, vámonos.

Sinclair guardó el encendedor. Presentía que, fuese de caballero o señora, alguien

vendría a buscarlo a la mañana siguiente.

* * *

Hannah Pellus despertó después de una noche relativamente tranquila. Tal vez el doctor Borglum tenía razón; era hora de que empezase a olvidar sus pesadillas. El ladrón estaba muerto y ella había tenido toda la razón, legal y moral, para defenderse.

Aún tenía los ojos cerrados, sumida en la deliciosa penumbra que precede a la vigilia completa. De pronto, presintió que había alguien más en el dormitorio.

Abrió los ojos.

Un largo alarido brotó de su garganta y llegó hasta los más alejados rincones de la casa. Llena de terror, se convulsionó, mientras se tapaba la cara.

—No, no, váyase, váyase...

El rostro ensangrentado del ladrón estaba a un palmo del suyo. Lo había visto inclinado sobre ella, disponiéndose tal vez a estrangularla nuevamente, para completar la obra que no había conseguido ejecutar unos meses antes.

—Por el amor de Dios, no, no... Déjeme...

Inesperadamente, Hannah sintió unas fuertes manos en sus hombros.

—Cálmese, Hannah, cálmese, soy yo, el doctor Borglum... Tranquilícese, se lo ruego...
No tenga miedo; quítese las manos de la cara y míreme... Vamos, sea valerosa... Soy Jeff...

Hannah se atrevió a separar, al fin, los dedos de la mano izquierda. Atónita, vio en pie, junto a su lecho, al psiquiatra que había llegado la víspera.

—He visto la cara del asesino...

—Hannah, usted, quizá por primera vez en mucho tiempo, ha dormido maravillosamente. Me he levantado con frecuencia durante la noche y cada vez su sueño era tranquilo y apacible...

La señora Mac White apareció de pronto en la puerta.

—Doctor, he oído gritar a la señora —dijo.

—Nada de particular —sonrió Borglum—. Ha pasado una noche muy tranquila, aunque desdichadamente, al despertar ha tenido una pesadilla. Pero ya se está calmando. Por favor, sírvale un desayuno abundante.

—Sí, doctor.

Borglum palmeó la mano de su paciente.

—Después de desayunar, vístase, arréglese, trate de ponerse hermosa y pasee un poco por el jardín. Salga a la explanada anterior, llénese los pulmones de aire de mar y deje que el sol caliente esa piel demasiado blanca. ¿Lo hará así?

Hannah hizo un parpadeo de asentimiento.

—A la tarde, volveremos a tener una sesión —añadió el psiquiatra —. Mañana he de volver a Londres, pero volveré dentro de dos o tres días, para observar la marcha de mi tratamiento. Sea animosa, Hannah, conseguiré curarla.

—Gracias, doctor.

Borglum se marchó. Hannah pensó que quizá el psiquiatra tenía razón, pero ¿cómo era posible que ella, ya completamente despierta, hubiese visto al asesino inclinado sobre su

cara?

—Debo esforzarme por olvidar todo, he de curarme, he de curarme... —se repitió una y otra vez.

Porque deseaba desesperadamente vivir y no sabía cómo alejar aquellas horribles visiones tan profundamente incrustadas en su cerebro.

CAPITULO VI

—Me has dicho muchas cosas, vaguedades en su mayoría, pero estoy tan «limpio» como el primer día —se quejó Sinclair por teléfono —. ¿Es que no puedes ser más explícito?

—Gus, sigue como hasta ahora y no te preocupes de más. Es probable, aunque no seguro, que recibas una carta mía con instrucciones. Si no la recibes, y aún no la he escrito, no alteres tu línea de conducta, ¿estamos?

—Como mandes, tirano. Ah, ¿puedo hacerte una pregunta? Espero que me la contestes; no creo que sea un alto secreto...
—¿Qué es?
—El apellido de soltera de la señora Pellus.

—Ah, sí, claro. Weghley. ¿Por qué lo dices, Gus?
Sinclair hizo saltar el encendedor de oro en la palma de su mano.

—Necesitaba información, eso es todo —contestó evasivamente.

Dejó el teléfono en la horquilla y probó el encendedor. Funcionaba perfectamente, lo que significaba que, quienquiera que lo tuviese en su poder actualmente, lo usaba de una forma habitual.

Alguien llamó a la puerta en aquel momento.
—¡Pase!

Wanda entró, con la bandeja del desayuno en las manos.

—Buenos días, señor —saludó en voz alta, porque la puerta estaba aún abierta. Cerró de un taconazo y avanzó hacia la mesa—. ¿Qué tal ha dormido?

—Como un angelito.
—Me decepciona. Pensé que diría que había soñado conmigo.

—Claro que he soñado con usted. Y los angelitos también. Wanda se echó a reír.
—Empieza a gustarme —dijo, mientras servía el té.
—Usted me ha gustado desde el primer día.

—No lo demostró, cuando me despidió de su casa.

—Le di razones más que suficientes para justificar mi decisión. Además, se había equivocado de domicilio.

—Eso sí es cierto. —Wanda se enderezó—. ¿Desea algo más el señor? —preguntó ya con tono impersonal.

—¡Deseo tantas cosas! —suspiró él—. Por cierto, Wanda, ¿no podríamos hacer intercambio de información?

—¿Qué clase de intercambio?

—Usted me dice !o que vea y oiga y yo haré lo mismo. ¿Le parece bien?

—Pero ¿no habíamos quedado en que ha venido aquí para descansar y pintar? Sinclair soltó una risilla.

—Todo se puede compaginar en este mundo —dijo enigmáticamente.

—Está bien; por ahora, no sé gran cosa. Cuando averigüe algo, ya se lo diré.

—Perfectamente. Entonces, para demostrar mi buena fe, voy a decirle algo que la

llenará de asombro. El encendedor que encontré anoche pertenece a la señora Pellus. Wanda hizo un gesto de sorpresa. Sinclair levantó el mechero, sosteniéndolo con el

índice y el pulgar, de modo que se vieran claramente las iniciales de brillantes.

—H. W. Hannah Weghley —dijo—. Weghley es el apellido de soltera y lleva sólo un año casada con Pellus.
Wanda silbó tenuemente.
—Entonces, el hombre que nos espiaba pudo ser Pellus —dijo.

—Está en Londres.

—¿Sabemos acaso si fue a Londres? Ha abandonado temporalmente el Cottage, pero no tenemos ninguna garantía de que se dirigiera a la capital.
—Eso sí es cierto. Bien, de todas formas, trataré de investigar.
—¿Va a marcharse de Killonby?

—¿No hay una cosa que se llama teléfono?
Wanda sonrió.
—Lo había olvidado. Bien, hay más huéspedes —se despidió.

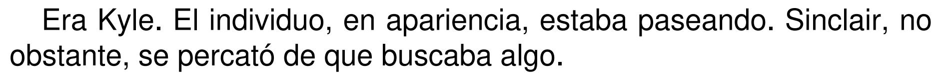
Una hora más tarde, Sinclair estaba de nuevo en el mismo sitio, sentado ante su caballete. A las once, Hannah apareció y dio unos paseos en torno a la casa.

Una vez la vio llegar a la explanada anterior y acercarse a la barandilla. Con las manos apoyadas en el borde, Hannah miró largamente hacia abajo. «No irá a suicidarse», pensó Sinclair, alarmado.

El psiquiatra salió poco después. Se acercó a Hannah y charló con ella durante unos minutos. Luego, los dos se sentaron al sol, en la terraza que había junto a la casa. Borglum, observó Sinclair, hablaba y charlaba animadamente.

«Espero que los chistes que le cuente no sean los mismos que contó en la taberna», se dijo Sinclair.

De pronto, vio a alguien que se movía no lejos del lugar en que se hallaba.


Era Kyle. El individuo, en apariencia, estaba paseando. Sinclair, no obstante, se percató de que buscaba algo.

Siguió con la pintura. Al cabo de unos minutos, Kyle se le acercó.

—Hola, Gus —saludó.

—¿Qué tal, Alex?

—Hace un día magnífico. ¿Cómo va la pintura?

—El tiempo es malísimo —contestó Sinclair.

—¿Cómo? ¡Pero si hace un día estupendo! —exclamó Kyle, muy sorprendido de aquella respuesta.

Sinclair se echó a reír.

—Por eso. Por eso mismo —contestó—. Hace un tiempo malísimo para pintar, porque entonces lo que a uno le gustaría más sería tumbarse en la hierba, al pie de algún árbol...

Kyle rió también.

—Sí, le comprendo —dijo.

Sinclair dejó paleta y pinceles en la mesita plegable en que se convertía su caja de pinturas, cuando se disponía a trabajar, y sacó cigarrillos. Luego ofreció fuego a Kyle con el encendedor de oro.

Kyle no demostró la menor extrañeza ni hizo ningún comentario acerca del aparatito.

Sinclair tampoco esperaba que dijera nada en aquellos momentos.

* * *

El doctor Borglum se marchó después del almuerzo. Sinclair cenó con Kyle y los dos hombres charlaron de temas corrientes durante un buen rato. Después, se jugaron una ronda de whisky a los dados. Ganó Kyle y Sinclair pagó de buena gana.

Luego, Sinclair subió a su habitación. Sobre su cama encontró una nota escrita a mano:

«Pellus ha vuelto.»

Sinclair sonrió mientras estrujaba el papel. Luego sacó el encendedor y lo quemó. A continuación, se desvistió, eligió un libro de los que había llevado consigo y se metió en la cama.

Media hora más tarde, apagó la luz. A pesar de que le vencía el sueño, trató desesperadamente de mantenerse despierto.

Alrededor de las doce, se abrió la puerta del dormitorio. Sinclair se espabiló en el acto. La luz del pasillo entró parcialmente en la estancia. Sinclair dejó que el intruso se hubiese colado por completo y entonces encendió la luz de la cabecera de la cama.

El intruso se detuvo en el centro del dormitorio y le miró. Sinclair enseñó el mechero de oro.

—¿Buscaba esto, Alex?

Kyle apretó los labios. Sinclair apartó a un lado las ropas de cama y se puso en pie.

—No me ha contestado, Alex —dijo.

—No tengo nada que decir, Gus —habló Kyle fríamente—. Si lo desea, puede denunciarme...

—¿Diría a la policía que estaba dando un paseo por el campo?

De repente, la puerta del dormitorio se abrió y Wanda entró como una tromba, empuñando un pequeño revólver.

—¡Arriba las manos! —exclamó.

Los dos hombres obedecieron instantáneamente.

—Usted no, tonto —dijo Wanda, dirigiéndose a Sinclair—. Me refería

al señor Kyle.
—¿Es que ha venido a asesinarme? —preguntó el joven.

—Le he visto deslizarse como una sombra maligna...

—Oh, vamos, no sea melodramática. El señor Kyle ha venido solamente a pedirme un analgésico.
—Así es —confirmó el aludido—. Me duele un poco la cabeza...
Desconcertada, Wanda miró alternativamente a uno y otro.

—No les creo —dijo. Kyle se echó a reír.

—Creo que el dolor de cabeza, después de todo, no es tan fuerte. ¡Buenas noches! —se despidió.
Wanda guardó la pistolita en el bolsillo de^ su bata.
—Ha sido una tomadura de pelo —refunfuñó.

—Y una metedura de pata por su parte —calificó él—. Por cierto, he leído su nota.

Muchas gracias.
—No hay de qué —respondió ella secamente.

—Pero es cierto que Pellus ha regresado.
—Sí. Lo vi pasar después de la cena. Me pareció que le interesaría conocer la noticia.

—Se lo agradezco muy sinceramente, Wanda. Oiga, en confianza, es cierto, Kyle vino a buscar el encendedor.
—¿Se lo dijo él?

—No nos dio mucho tiempo para hablar —sonrió Sinclair—. Usted irrumpió como el Séptimo de Caballería... Sólo le faltó el banderín y el trompeta tocando a la carga...

—No se burle de mí. Me pareció que intentaba hacerle... algo no bueno —dijo Wanda, muy encarnada.

—Está bien, ya hablaré con él en otro momento. Ella frunció el ceño.

—De todos modos, si perdió el mechero, ¿por qué lo tenía en su poder? —exclamó.

—No lo sé, pero sería interesante averiguarlo, ¿no lo cree? Wanda hizo un gesto de asentimiento. De pronto, se echó a reír.

—Vaya facha —dijo.

Sinclair bajó la cabeza. Estaba vestido solamente con el pijama, que era de pantalones cortos y mangas que quedaban más arriba del codo. Al darse cuenta de su aspecto, sonrió.

—Los hombres no podremos tener jamás el aspecto que ofrecía una hermosa chica, vestida solamente con las prendas más íntimas —contestó.

Wanda alzó la barbilla. Dio media vuelta y salió. Iba a dar un portazo, pero se acordó de la hora y cerró con suavidad.

Sinclair sonrió al quedarse solo. El encendedor saltó en la palma de su mano. ¿Por qué lo tenía Kyle?

* * *

—No lo niegue, usted perdió el encendedor —dijo Sinclair a la mañana siguiente, mientras daba al cuadro unas suaves pinceladas de verde.

Kyle estaba detrás de él, con las manos a la espalda y un cigarrillo en los labios.

—¿Le interesa mucho? —preguntó.

—Ese encendedor pertenecía a Hannah Pellus.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo se lo dio ella?

—Gus, parece como si estuviésemos jugando un partido de tenis. Yo le doy a la pelota, usted me la devuelve...

—¿Cuál es su interés en la señora Pellus?

—Y usted, ¿por qué la espía?

—Alex, ¿qué esperaba encontrar la noche en que entró en mi habitación y luego me atacó cuando yo le sorprendí?

—¿Le hice mucho daño?

—Ya se me ha pasado.
—Si hubiese abrigado intenciones hostiles contra usted, no estaríamos hablando ahora.

—Eso es muy cierto. ¿Está enamorado de Hannah?

—Wanda, la camarera, es preciosa. ¿Trabajan juntos?
Sinclair se echó a reír.
—El *match* continúa —dijo.
—Sí, y por ahora, aunque eso no se da nunca en tenis, termina en tablas.

—Ganaré, Alex.

Volvió el silencio. Al cabo de unos minutos, Sinclair se dio cuenta de que estaba solo. Kyle se había marchado. Entonces, Sinclair pensó que tal vez Kyle estuviese enamorado de la señora Pellus.

Mientras seguía dando pinceladas sobre la tela, se dijo que sería muy conveniente que su amigo le diese informes sobre Alex Kyle.

Era de todo punto urgente conocer los motivos de su estancia en Killonby.

A mediodía, cuando volvía a la posada, vio en la puerta a una mujer de unos treinta años, morena, de formas opulentas y vestido muy ceñido al cuerpo, cuyos contornos, indudablemente, le gustaba que resaltasen. La mujer, en aquellos momentos, se despedía de Wanda.

—Muchas gracias, chica —dijo la forastera. Puso una moneda en la" mano de Wanda y se encaminó hacia su coche, que arrancó a los pocos segundos.
Wanda sonrió maliciosamente, mientras hacía saltar la moneda en la mano.
—La propina, un suplemento del salario —dijo.

—¿Ha sido generosa? —preguntó Sinclair.
—Psé... Quizá lo sea más a su vuelta del Cottage, sí vuelve.

—¿Cómo?

—Se ha detenido a preguntar por el camino que conduce a la residencia de los Pellus. También para tomarse un buen trago. Parece que le gusta, aunque sea a deshoras.

—No reproche a los demás sus aficiones, Wanda. Ella se encogió de hombros.

—Tal vez se lo diga el propio Pellus. Me pregunto —dijo, a la vez que ponía una mano bajo su barbilla—, qué tal le sentará a la señora Pellus la visita de esa prójima. Si la señora Wakelman no es una trotacalles, yo soy un monje budista.

—Ah, le ha dicho el nombre.

—En efecto: Mildred Wakelman.

CAPITULO VII

—Querida, te presento a la señora Wakelman, una antigua colaboradora mía —dijo Edwin Pellus—. Mildred, es mi esposa. Actualmente se halla un poco delicada de salud, pero confiamos en que se reponga pronto.

Hannah, tendida al sol en una *chaise longue,* hizo un leve gesto con la cabeza.

—¿Cómo está, señora Wakelman?

—Lamento su enfermedad muy sinceramente —dijo la morena—. No obstante, confío en que pronto se encuentre completamente restablecida.

—Gracias, muy amable.

Pellus movió la mano.

—Querida, tendrás que perdonarnos. Mildred y yo debemos hablar de negocios comunes. Nos disculpas, ¿verdad?

Pellus y la visitante abandonaron la terraza. Al hallarse solos en el despacho, Pellus se encaró con Mildred.

—Estás loca —dijo.

Ella rió burlonamente, a la vez que ponía una mano en su cadera.

—No estoy loca —contestó—. Simplemente, necesito «pasta». —Sus dedos índice y pulgar se movieron de un modo muy gráfico—. Y cuanto antes mejor o ya sabes lo que te puede pasar.

Pellus manoteó, como si tratara de calmar a su desenvuelta visitante.

—Bueno, bueno, ten un poco de paciencia... Deberás quedarte en casa; ahora no tengo a mano dinero suficiente. Mañana por la mañana, iré al Banco, ¿comprendes?

—¿Por qué no me das un cheque? —dijo ella.

—Tú sí que estás loca. Aquí, en Killonby, no tiene nada de particular que extraiga algún dinero de mi cuenta, pero ¿quieres que te dé un cheque, para que lo ingreses en tu cuenta, en Londres, y puedan seguirle un día el rastro?

—También aquí le seguirán el rastro, me parece.

—Desde luego, pero el Banco tiene poco movimiento y el cajero recordaría inmediatamente que fui yo el que entregó el cheque. La cosa varía un poco, creo.

Mildred dulcificó el gesto.

—Sí, tienes razón —convino—. Me quedaré aquí, pero ¿qué dirá tu esposa? — preguntó con una risita.

—Los celos no son la parte más dominante de su carácter —contestó Pellus.

—Una esposa comprensiva, ¿eh?

—Una esposa discreta. Y ahora, si no tienes inconveniente, diré a la señora Mac White que te enseñe tu habitación. Ah, por favor, pórtate bien delante de mi esposa; está enferma y no quiero que suceda nada que pueda agravar su estado.

—¿Todavía le dura?

Pellus extendió la mano hacia la puerta.

—Por aquí —dijo fríamente.

A la cena asistieron solamente el dueño de la casa y su invitada. Mildred Wakelman se sintió un tanto defraudada por la ausencia de la señora Pellus.

—Te dije antes que ella no se encuentra bien —exclamó Pellus un tanto irritado, cuando Mildred le hizo una pregunta sobre el particular.

Mildred se encogió de hombros.
—Bueno, yo no la voy a echar de menos, precisa mente —dijo.

Tenía su copa llena y la vació de un trago, ante el horror del mayordomo, quien no comprendía que su señor pudiera relacionarse con una mujer que no tenía nada de refinada. Mildred había querido presumir de indumentaria y lo cierto era que vestía pretenciosamente: chaqueta y pantalones negros, de seda, la primera prenda tremendamente escotada, hasta el punto de dejar los senos casi totalmente al descubierto. Cedric evitaba desesperadamente mirar aquel escote que, pese a todo, tenía numerosos atractivos.

Al terminar la cena, Pellus dijo al mayordomo que podía retirarse. Mildred se reclinó en su sillón, con una copa en la mano, y miró burlonamente al dueño de la casa.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que decirme? —preguntó, con gesto incitante. Pellus se levantó, tomó la botella y volvió a llenar la copa de Mildred.

—Tengo muchas cosas que decirte, pero no bajo el mismo techo que mi esposa. En este punto, puedes comprenderlo, soy absolutamente inflexible.

—Como quieras. —Mildred se encogió de hombros—. A fin de cuentas, él cheque me interesa mucho más.
—Es comprensible... Oh, perdona, la botella está vacía. Abriré otra...
—Sí, pero que sea de algo más fuerte.

Pellus estudió el rostro de Mildred, cuyos ojos aparecían muy brillantes y no sólo por la cena.
—¿Brandy? ¿Ginebra? ¿Whisky?
—Brandy, querido.

Pellus fue al aparador de los licores y trajo una botella y dos copas balón. Mildred le arrebató la botella.
—Trae, me serviré yo misma.

Pellus tomó su brandy a sorbitos. Mildred bebía a grandes tragos. Su rostro estaba ya enrojecido y resultaba fácil adivinar que pronto

acabaría bajo la mesa, si no se reprimía.

De pronto, Pellus se puso en pie.

—Voy a charlar unos minutos con mi esposa, antes de que se duerma —dijo—. Te aconsejo que no bebas más y que salgas a la terraza a tomar el aire.

Mildred levantó su copa.

—¡Por el éxito de mi viaje! —brindó.

* * *

De repente, Hannah despertó sobresaltada, con el cuerpo bañado en un sudor frío. Algo le decía que el ladrón había vuelto. Estaba por alguna parte de la casa, buscando el momento de atacarla una vez más.

Era temprano, pero se había dormido casi inmediatamente de cenar. Miró a su izquierda; Edwin no estaba en la cama. Debía de hallarse en la biblioteca, entretenido

con algún libro.

¿Y si ahora el ladrón le atacaba a él?

Hannah deseó desesperadamente tener un arma, pero sabía muy bien que Edwin no quería dejar al alcance de su mano nada que pudiera resultar peligroso.

Pero el ladrón había vuelto.

Edwin estaba en casa. Le avisaría, quizá esta vez quería atacarle a él...

Precipitadamente se puso una bata y las zapatillas. De pronto, cuando pasaba junto a la ventana, vio algo que le hizo sentir escalofríos.

Sí, el ladrón estaba abajo, en la terraza delantera, buscando el modo de entrar.

—He de evitarlo, he de evitarlo... —murmuró jadeante, mientras corría escaleras abajo.

El instinto le dijo que no debía gritar, a fin de no asustar al ladrón. Llegó a la biblioteca, abrió y creyó que se volvía loca.

—¡Edwin!

Su esposo yacía en el suelo, con una horrible mueca en el rostro, los ojos desorbitados y un poco de lengua fuera de la boca. Hannah se tapó la cara con las manos.

—Está muerto, muerto...

Retrocedió, tambaleándose El ladrón había vuelto y esta vez había consumado sus propósitos.

De nuevo lo vio a través de la vidriera que daba a la terraza delantera. Estaba allí, buscando la forma de escapar... Ella no lo permitiría.

Corrió enloquecida, el peinador flotando detrás de ella como una bandera al viento. Sí, allí estaba el ladrón, a punto de escapar...

Extendió las manos. El ladrón, sorprendido, volteó y cayó al vacío. Se oyeron dos gritos.

Dos alaridos: el de la persona que caía por el acantilado y el de Hannah, que elevaba su rostro a lo alto, aullando literalmente de gozo, en un paroxismo de júbilo.

—¡Está muerto, está muerto! ¡Ya no volverá más!

Y, de súbito, sus ojos se cerraron, las rodillas se doblaron y cayó al suelo, como una marioneta a la que unas tijeras invisibles hubieran cortado los hilos que la sostenían en pie.

* * *

A pocos metros de la residencia, Sinclair se preguntó por qué diablos tenía que hacer él cosas que correspondían a un auténtico espía.

Aquella misma mañana había llegado un paquete, con instrucciones, y una sencilla cámara, con lámpara portátil a pilas, pero no de las corrientes, de destellos, sino de luz fija.

—Lo que tengo que hacer no es difícil; sólo he de entrar en la casa, buscar la caja fuerte y tomar un par de fotografías —mascullló, agazapado entre los arbustos situados en el borde sur de la explanada.

La casa estaba sin luces. Al cabo de unos minutos, Sinclair se decidió a atravesar la

barrera vegetal.

El cielo aparecía despejado y la luna lucía en todo su esplendor. Ver el mar, con aquella claridad, resultaba un espectáculo incomparable. Sin embargo, Sinclair no había ido allí para perder el tiempo. Lo único que quería era acabar cuanto antes.
¿Y los sistemas de alarma?

Tanteó el picaporte de la puerta vidriera que daba al salón principal. En la casa no se produjo el menor ruido. Posiblemente, no habían reparado la alarma desde que la inutilizase el ladrón acuchillado.

Abrió muy lentamente. Tenía los ojos tan habituados a la oscuridad, que no le resultó difícil distinguir la puerta que daba a la biblioteca.

Allí estaba la caja fuerte, detrás de un cuadro barato y pretencioso. «Será para que los ladrones aparten su mirada del paisaje», pensó.

Llevaba también una diminuta linterna, con la que se alumbró hasta situarse frente al cuadro. Al hacerlo girar con una mano, dejó la caja fuerte al descubierto.

El tamaño de la caja de caudales le sorprendió, por sus desusadas dimensiones. No era corriente que una caja semejante estuviera en una residencia privada. Al menos medía un metro de lado.

Enfocó la cámara, presionó el botón de la lámpara y tomó una placa. Hizo correr la película, impresionó la segunda placa y, a precaución, tomó la tercera, aunque más cerca, a fin de captar un buen primer plano de los sistemas de cierre.

«Como los espías de película», pensó.

Apagó la lámpara y ya se disponía a retirarse cuando, de pronto, creyó oír pasos que se acercaban a la biblioteca.

Lo primero que vieron sus ojos fueron unas espesas cortinas que ocultaban una de las ventanas. Sin pensárselo dos veces, saltó hacia allí, pasó al otro lado y se inmovilizó por completo.

Los pasos se acercaron a la puerta. Una mano hizo girar el pomo. La hoja de la puerta empezó a abrirse.

De pronto, el hombre dio media vuelta y echó a correr hacia arriba. Entonces, Sinclair dijo:

—Wanda, tápese la boca.

Ella obedeció. Sinclair bajó la mano derecha y buscó un lugar carnoso para darle un pellizco.

La chica saltó.

—¡Miserable! —dijo, a la vez que apartaba furibundamente las cortinas. Sinclair encendió la lámpara de la cámara fotográfica.

—Somos dos espías de los buenos, ¿eh? —dijo. Alargó la mano y levantó con dos dedos el fonendoscopio que pendía del cuello de la chica—. ¿Sabe cómo abrir una caja fuerte sin necesidad de conocer la clave?

De pronto, vio que ella llevaba algo más que el fonendoscopio. Era una caja de forma oblonga, negra, colgada en bandolera de su hombro izquierdo. Un cable salía de la misma y quedaba conectada al auricular del fonendoscopio.

—Ha estado grabando los sonidos de los engranajes —adivinó, sonriendo.

—Como si no...

Wanda se interrumpió de repente. Del piso superior acababa de llegar un grito desgarrador.

—¡No, Edwin, no, tú estás muerto! ¡Te ha asesinado el ladrón!

CAPITULO VIII

Sinclair y Wanda cambiaron una rápida mirada. Luego, ambos a una, corrieron hacia la puerta y asomaron Fas cabezas para escuchar mejor las voces que, indudablemente, procedían del dormitorio de la señora Pellus.

—Pero, Hannah, ¿cómo puedes decir tal cosa? —exclamó su esposo—. Estoy aquí, a tu lado, vivo...

—Te he visto en el despacho, caído en el suelo... El ladrón te había estrangulado... Juro que no ha sido una pesadilla...

—Hannah, te ordeno que te reprimas, por el amor de Dios —pidió Pellus enojadamente—. Has soñado, eso es todo.

—No he soñado. El ladrón intentaba escapar. Estaba en la terraza. Yo le pillé descuidado y lo arrojé al mar... Pero no me importa, ahora sí está muerto, muerto...

—Hannah, voy a darte un tranquilizante para que duermas. Mañana vendrá el doctor Borglum. Le contaremos todo y verás como te cura definitivamente... Has vuelto a tener una pesadilla, eso es todo.

Sinclair tocó con la mano en el hombro de la muchacha.

—Wanda, creo que es hora de levantar el campo —susurró—. Pellus era el que iba a entrar en la biblioteca. Volverá cuando su esposa se haya dormido.

—Sí, será lo mejor.

Caminando con gran cautela, salieron de la biblioteca y atravesaron el salón. Sinclair se ocupó de cerrar la puerta vidriera.

De pronto, sintió en su brazo los dedos crispados de Wanda.

—Gus, mire —susurró ella.

Sinclair se volvió. Wanda le señalaba la barandilla del acantilado, rota en un punto, situado casi justo frente a la puerta.

—¿Tendrá razón ella?

—Vamos a ver...

Sinclair negó vigorosamente.

—Las ventanas del dormitorio conyugal dan directamente a esta terraza. Aquí estamos justo debajo, pero si recorremos esos ocho o diez metros, Pellus podría vernos. Venga por aquí.

Deslizándose junto a la pared del edificio, alcanzaron la esquina y corrieron hacia el seto. Cuando llegaban al otro lado, oyeron el ruido de la puerta de la terraza.

—Agáchese, Wanda.

Encogidos, vieron a Pellus salir fuera y cruzar con paso rápido el espacio que había entre la casa y el acantilado. Pellus vio el trozo roto y se puso rígido.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Estuvo quieto un instante. De pronto, dio media vuelta y corrió nuevamente hacia la casa.

Sinclair y la muchacha se miraron, con los rostros respectivos a menos de un palmo.

—Ella ha dicho la verdad —murmuró la chica—. Ha tirado al ladrón por el acantilado...

—A otro ladrón, porque Ellis murió y de eso no queda la menor duda —dijo Sinclair

firmemente.
—Si hay un muerto, deberíamos avisar a la policía, Gus.

—Preciosa, eso no es cosa que nos incumba. Además, si avisamos a la policía, ¿qué pasará?
—Habremos cumplido un deber ciudadano...

—¿Podrá justificar su presencia aquí? Wanda se mordió los labios.
—Es verdad —admitió.
—Bien, tenemos que irnos. Mañana sabremos con certeza lo que ha sucedido.

Sinclair se puso en pie. Wanda le imitó, pero, en el mismo momento, se oyó ruido de tela rasgada.
—Oh —dijo la muchacha, a la vez que se ponía la mano atrás.
—¿Qué le ha pasado? —se extrañó él.

Wanda retrocedió un par de pasos. Luego se inclinó y levantó con la mano un buen trozo de tela.
—Media falda —suspiró.

—Tiene suerte, es de noche —rió Sinclair, aunque en tono muy bajo —: Además, no debe importarle; ya enseñó una vez sus pantaloncitos de encaje.

—Lúbrico individuo, ¿es que no sabe más que pensar en esas cosas? —le apostrofó ella, a la vez que trataba de sujetarse el trozo de falda en la goma de los pantaloncitos.

—La culpa no es mía. No busco deliberadamente el placer visual, pero si alguna enseña más de lo debido, no vuelvo la cabeza. —Sinclair se apoderó de la mano de Wanda y tiró de ella—. Regresemos y, mientras caminamos, me explicará algo que no tuvo tiempo de hacer antes.
—¿Qué es, Gus?
—Parece ser que el invento de registrar el sonido de

los engranajes de la caja fuerte no ha dado resultado. ¿Me equivoco? Ella suspiró.

—Acierta. Resulta absolutamente incomprensible, pero la rueda de

la combinación no hace el menor sonido, cualquiera que sea el sentido en que se la haga girar y no importa tampoco la cantidad de vueltas que se le den —contestó sorprendentemente.

* * *

—Ha ocurrido una terrible desgracia en el Cottage —dijo Kyle a la mañana siguiente, mientras tomaba el desayuno en el comedor, frente a Sinclair.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el joven, fingiendo ignorancia.

—Ha muerto una invitada de los Pellus, la señora Wakelman. Según parece, era muy aficionada a la bebida. Salió fuera, a la terraza, a despejarse un poco la cabeza, se apoyó en un trozo de la barandilla, particularmente en mal estado, y cayó al acantilado. Sesenta metros, amigo, no es cosa de broma.

—No conocía a la señora Wakelman...

—¿Ni de vista? Era esa exuberante morena que llegó ayer, poco después de mediodía.

Para mí que tenía algún lío con Pellus. Oh, no es que yo sepa nada, pero Pellus no me parece lo que suele decirse trigo limpio.

—No irá a decirme que Pellus asesinó a su huésped —exclamó Sinclair.

—Por supuesto que no, aunque el pretexto de la borrachera y el acantilado le vendría a las mil maravillas. Y, al parecer, es la verdad.

Sinclair sonrió.

—Sabe usted muchas cosas, Alex —dijo.

—Bueno, me he levantado más temprano y he visto un movimiento inusitado en el pueblo. Entonces, hablé con el sargento de la Policía, que es el que manda este pequeño puesto. Uno de sus hombres es buen escalador y él fue quien bajó al acantilado y consiguió rescatar el cadáver de Mildred Wakelman. Cedric Hatchtow, el mayordomo, ha dicho también que la señora Wakelman le dio a la botella de buena gana durante la cena. Había una botella de brandy y la encontró mediada, más tarde... y él sabe que Pellus no suele tomar brandy sino en muy contadas ocasiones.

—Entonces, usted opina que la caída a causa de la borrachera está justificada.

—¿Y por qué no? La mala suerte de Mildred fue apoyarse en el trozo defectuoso. Imagínese, llega dando traspiés y alarga la mano para no caer. La presión, así, ejerce con todo el cuerpo y no sólo con la mano y gradualmente, sino con brusquedad. Resultado, el palo se rompe y ella, ¡plaf!, abajo.

Sinclair asintió.

—Una explicación plenamente satisfactoria. —Se limpió los labios con la servilleta y se puso en pie—. Perdone, pero tengo que hacer una llamada telefónica.

—¿Piensa ir a pintar hoy?

—Claro. Y usted, ¿seguirá espiando el Cottage? Kyle sonrió abiertamente.

—Por supuesto —contestó—. Es más, cualquier día de éstos haré una incursión.

—Cuidado, ella puede confundirle con el ladrón.

—No me confundirá, Gus.

Sinclair dudó unos instantes. Estudió el rostro de Kyle y, aunque desconocía sus intenciones, decidió que era hombre en quien se podía confiar.

Sonriente, metió la mano en el bolsillo, sacó el encendedor de oro y lo puso sobre la mesa.

—Le pertenece —se despidió.

Minutos más tarde, estaba en comunicación con Londres.

—Necesito información sobre Mildred Wakelman —dijo. Dio la mayor cantidad de detalles posibles sobre la muerta y añadió—: Desty Michelson, ¿has oído tú hablar alguna vez de una caja de caudales, cuya rueda no haga el menor ruido al girar?

—Te refieres a los engranajes, supongo.

—Exacto.

—Pues no, no he oído nunca nada semejante.

—Acabas de oírlo por primera vez, así que si esperas que las fotografías que he tomado te sirvan de algo, estás muy equivocado.

* * *

Edwin Pellus se inclinó sobre su esposa, que yacía, pálida y demacrada en la almohada, y la besó en la frente.

—He hablado con el doctor Borglum y me ha dicho que no puede venir hasta dentro de unos días. Jeff me ha aconsejado que le lleve una cinta grabada con tus impresiones. ¿Te sientes con fuerzas para hacerlo?

Hannah asintió débilmente.
—Si crees que me conviene...

—Te lo suplico.

Pellus había traído ya un magnetófono y, después de instalarlo, acercó el micrófono y lo puso en manos de su esposa.

—Para que te sientas más tranquila, yo saldré fuera y esperaré a que tires de la campanilla. Así podrás descargarte ante el micrófono, como si estuvieras delante del doctor Borglum.

Hannah sonrió débilmente. Pellus se dirigió hacia la puerta. Desde allí, tiró un beso con la mano a la enferma. Luego salió y cerró con todo cuidado.
Al llegar al salón, vio al mayordomo.

—Cedric, sírvame un whisky —pidió—. Ya sé que no es la hora adecuada, pero yo mismo tengo los nervios de punta.

—Ha sido algo horrible, en efecto —convino el mayordomo cortésmente—. ¿Se encuentra bien la señora?

—Sí, aunque ha vuelto a tener esas pesadillas... Imagínese, dice que me vio estrangulado en la biblioteca y que luego tiró al ladrón por el acantilado.
—Horrible, señor. —Cedric entregó el vaso a Pellus—.

Tal vez presenció la caída de la infortunada señora Wakelman desde la ventana del dormitorio.

—Es posible. Había gran claridad de luna... Pero ¿cómo pudo verme estrangulado, si yo estaba en la biblioteca, leyendo tan tranquilamente y no escuché el menor ruido? Desde luego, pudo levantarse en el preciso momento de la caída de la señora Wakelman, pero lo rigurosamente cierto es que no abandonó su dormitorio. Y yo, por desgracia, creí que mi huésped estaba en el suyo.

—Con los debidos respetos, señor, la señora Wakelman bebió demasiado anoche — dijo Cedric.

—Bebía demasiado. Por cortesía, no la eché de mi casa... como había hecho tiempo atrás del negocio en donde ella era uno de los empleados principales. Una mujer dipsómana, por hermosa que sea, no causa ningún beneficio a la empresa. Cierto que hace tiempo dejé la dirección del negocio, pero aunque el actual director es buen amigo mío, en conciencia, yo no podía recomendar la readmisión de la señora Wakelman.

Cedric asintió cortésmente.

—El señor tiene toda la razón del mundo. Y aunque no esté bien hablar mal de los muertos, el comportamiento de la señora Wakelman durante su breve estancia en el Cottage, puede calificarse, benévolamente, de indecoroso.

—Sí, Cedric, sí —suspiró Pellus—. Por cierto, no le digan nada a la señora de lo sucedido. Ella cree que la señora Wakelman se ha marchado. Si supiera lo que ha ocurrido, sufriría un *shock* terrible.

—Así lo haré y lo recomendaré también al resto de la servidumbre.

* * *

—A pintar, ¿eh? —dijo Wanda, dos días más tarde, cuando vio que Sinclair, cargado con los trebejos de pintura, se disponía a salir de la posada.

—A pintar, sí, señorita. ¿Alguna objeción?

—No, aunque sí una observación.

—Hágala, se lo suplico.

—Gus, ¿recuerda usted el momento en que la señora Pellus se puso a chillar, gritando que había matado al ladrón?

—Sí, perfectamente.

—Gritaba a voz en cuello, estentóreamente. ¿Por qué no acudió ningún miembro de la servidumbre? El escándalo era mayúsculo, desde luego.

Sinclair frunció el ceño.

—Sí, resulta un tanto extraño. Tendré que investigar por ese lado, ¿no le parece? Wanda le guiñó un ojo.

—Investigaremos juntos. ¿Hace?

—Todavía tiene que contarme muchas cosas —dijo él, reticente.

—Todo llegará, Gus. Paciencia.

—Si no hay otro remedio...

—Anda, váyase, no me haga desatender el trabajo.

—¿Tanto la perturba mi compañía?

—Cada vez que le veo, sufro un *shock.*

—¡Caramba! No me había imaginado ser tan atractivo...

—Es que le veo y me parece tener delante a Frankenstein.

Wanda dio media vuelta y se marchó, pisando fuerte. Sinclair la contempló unos instantes, con la sonrisa en los labios, y luego salió de la posada.

El día era espléndido. Lucía un sol radiante y el aire era cálido y perfumado. El campo tenía unos colores nuevos, brillantes, en un estallido cromático que llenaba el ánimo de optimismo.

Pero buena parte de ese optimismo desapareció en Sinclair cuando divisó Shawnbridge Cottage. ¿Qué misterio encerraba tras sus muros la mansión del acantilado?

CAPITULO IX

—El tema está bien elegido, pero mal ejecutado —dijo el hombre que se había situado silenciosamente detrás del pintor.

Sinclair no se movió al reconocer la voz de su amigo Michelson.

—¿Qué defectos le encuentras? —preguntó.

—Demasiada brillantez. Es un paisaje inglés, no mediterráneo. La luz, aunque el sol es el mismo para los dos países, es muy distinta.

—Lo tendré en cuenta, señor crítico.

—Matiza más los colores vivos. Las sombras, menos acusadas.

—Eres un entendido, Desty. ¿Qué me cuentas de Mildred Wakelman?

—Fue asociada de Pellus... o empleada principal de un *night-club* elegante, pero de pésima fama. Para decirlo con claridad, era un prostíbulo de lujo.

—Y Mildred la encargada...

—Digamos que era un ejecutivo de operaciones. Sin embargo, parece que se metió en un asunto de drogas, por cuenta propia, y Pellus y su auténtico socio la despidieron. Al menos, en este aspecto, eran honestos; no necesitaban de las drogas para obtener buenas ganancias.

—A Mildred, por lo visto, no debió de gustarle que la despidieran.

—A nadie le gusta, en ninguna parte y en ningún oficio. Ahora bien, desde el despido hasta hoy, había pasado ya bastante más de dos años.

Sinclair puso un poco de verde en la paleta.

—A tu juicio, ¿qué fue lo que trajo a Mildred a estos parajes? —inquirió.

—Tal vez un chantaje. Sabemos que su economía no andaba demasiado boyante. Vino a pedir dinero a Pellus y éste se quitó un estorbo de encima.

—Un asesinato disfrazado de accidente ocurrido a una mujer embriagada, ¿eh?

—Que estaba borracha, queda fuera de toda duda. Ahora bien, si se cayó o la empujaron es cosa que nunca se sabrá o, mejor dicho, no se podrá demostrar.

Sinclair frunció el ceño. Estaba recordando los gritos que había oído cuando estaba en la biblioteca del Cottage, con Wanda.

—Desty, ¿sabes que es posible que Mildred fuese realmente arrojada a! mar?

—A ver, explícate.

—Tengo la sensación de que en el Cottage suceden cosas muy raras. Pellus no es el marido fiel y amante que todos creen. La noche en que murió Mildred, yo estaba precisamente fotografiando la caja fuerte. Es decir, Mildred ya había caído al mar. Hannah gritó y dijo que había visto a su marido estrangulado por el ladrón. Pellus trataba de calmarla, pero no lo consiguió, al menos en el acto. Hannah añadió, que, después de verle muerto en la biblioteca, había visto al ladrón en la terraza y lo había empujado para arrojarlo por el acantilado.

—Eso es muy interesante —murmuró Michelson—. ¿Crees que puede tratarse de un asesinato inducido?

—¿Por qué no? Ella no se ha recobrado todavía del *shock* que le produjo la muerte de Ellis. Su esposo puede aprovecharse de la situación, es decir, de una mente débil, o

debilitada por medios externos, para sus fines. No sé cuáles son, pero la muerte de Mildred pudo ser uno de ellos.

—Era una mujer, Gus, no un hombre...

—Desty, en ciertos estados mentales, los ojos sólo ven lo que la mente está viendo. Además, era de noche, aunque había luna..., pero Mildred vestía traje negro. Era un traje de fiesta, desde luego, pero negro y con pantalones. ¿Eh?

—Sí, puede que tengas razón. Sin embargo, Pellus no ha dicho que haya sido su esposa la autora de la muerte de Mildred.

—Para mí, basta que lo sepan ellos dos, Desty. Michelson se pellizcó preocupadamente el labio inferior.

—Hannah Pellus era una mujer de cierto estrato social bastante elevado, aunque no perteneciese a la *jet-society* —dijo—. Buena posición, elegante, distinguida... ¿Cómo pudo casarse con el dueño de un prostíbulo?

—Ahí está la clave, Desty. No puedo afirmarlo, pero tengo la sensación de que Pellus presiona de algún modo a su esposa.

—La fortuna de Hannah no es tan grande como para pensar en el asesinato por la herencia.

—Bueno, el Cottage vale algo... ¡Y lo que hay en la inviolable caja fuerte también!

—Eso sí es verdad. Hablemos de la caja, Gus.

—Tengo el rollo de fotografías en el bolsillo. Ahora sacaré el pañuelo y lo dejaré caer al suelo. Es iodo lo que te puedo decir.

—Muy bien. Es curioso, una rueda de combinación, cuyos engranajes no hacen el menor ruido al girar. Nunca había visto una cosa semejante.

—Eso significa que la clave es otra, Desty. A propósito, tengo que pedirte una cosa.

—¿Sí, Gus?

—Necesito informes de Borglum, psiquiatra que atiende a la señora Pellus. También necesito informes de Alexander Kyle, actualmente hospedado en la posada y, en apariencia, disfrutando de vacaciones. En tiempos estuvo relacionado con la señora Pellus.

—Muy bien, tomo nota. ¿Algo más?

—¿Qué hay en la caja fuerte?

Michelson soltó una risita. Sinclair comprendió que no obtendría respuesta a su pregunta, al menos por el momento.

Resignado, metió la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo y el carrete de fotografías. Luego dejó la paleta a un lado y se puso un cigarrillo en los labios.
Al cabo de unos momentos, dijo:
—Desty, me gustaría saber...

Entonces, Sinclair se dio cuenta de que estaba solo. «Buen espía», pensó, al darse cuenta de que su amigo había desaparecido como si se hubiese convertido au-ténticamente en humo.

Pasado un buen rato, vio a Pellus que salía a la terraza y miraba hacia él con los prismáticos. Simulando no advertir nada, continuó pintando.

Minutos después, se dio cuenta de que Pellus se acercaba a él con paso rápido. Mantuvo una actitud neutral, incluso cuando el sujeto se situó detrás de él para

contemplar el cuadro.
—Tiene usted buena mano, señor...

—Sinclair, Gus Sinclair.
—Soy Edwin Pellus, propietario de esa casa.

—Encantado.

—Señor Sinclair, ¿se ha dado cuenta de que está en terrenos que pertenecen a la propiedad?

—No, porque no hay cartel alguno que lo indique. Pero si le molesta, recogeré en seguida los bártulos.

—Puede seguir pintando, pero no se le ocurra acercarse a mi casa por la noche o le pegaré un tiro.

Sinclair se sintió tentado de preguntar al sujeto a quién temía, pero desechó la idea en el acto.

—La noche se ha hecho para descansar... o para el amor.'
—Celebro que piense de ese modo. ¡Buenos días!

—Adiós y gracias.

Pellus se marchó a grandes zancadas. Sinclair sonrió para sí. «Teme a algo o a alguien. No tiene la conciencia tranquila», pensó.

Más tarde, vio a Hannah que salía a pasear, del brazo de su esposo. Compadeció a aquella hermosa mujer. Tenía la seguridad de que Pellus la estaba sometiendo

a una presión mental, que se acentuaba de día en día, aunque desconocía los motivos. Si la fortuna de Hannah no era tan grande como para pensar en un asesinato por motivos económicos, ¿por qué aquella presión?

* * *

—¿Por qué, Wanda? —preguntó aquella misma tarde, mientras la chica le servía el té en su cuarto.
—Por la caja fuerte, está claro.
Sinclair se volvió en su silla y la miró, sorprendido.

—¿Quiere decir...?

—Quiero decir lo que he dicho. Pellus no ha conseguido abrir la caja fuerte.
—Pero ella debe de conocer la combinación.

—Es de suponer.

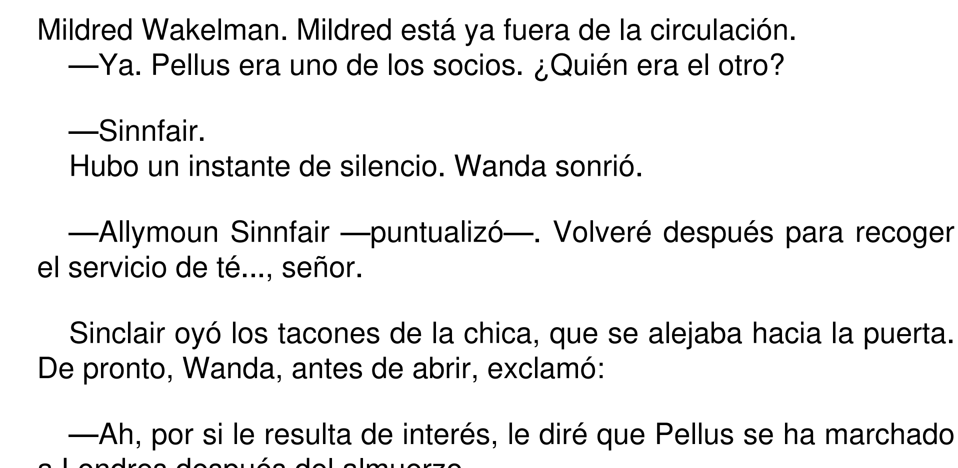
—En tal caso, ¿cómo no se la indica a su esposo?
Wanda se encogió de hombros.

—No lo sé, pero sí puedo decirle en cambio que Pellus no es hombre del cual pueda fiarse nadie y menos una mujer. ¿Sabe usted a qué se dedicaba en Londres antes de conquistar a Hannah y casarse con ella?

—No. Dígamelo.

—Tenía un *night-club* que era un prostíbulo de lujo.
—Oh... Siga, siga...

—El negocio pertenecía y estaba dirigido por dos socios, con un jefe de «operaciones»,



Mildred Wakelman. Mildred está ya fuera de la circulación.

—Ya. Pellus era uno de los socios. ¿Quién era el otro?

—Sinnfair.

Hubo un instante de silencio. Wanda sonrió.

—Allymoun Sinnfair —puntualizó—. Volveré después para recoger el servicio de té..., señor.

Sinclair oyó los tacones de la chica, que se alejaba hacia la puerta. De pronto, Wanda, antes de abrir, exclamó:

—Ah, por si le resulta de interés, le diré que Pellus se ha marchado a Londres después del almuerzo.

Sinclair se quedó solo. Una vez más se formuló la misma pregunta: ¿Cuál era el misterio de Shawnbridge Cottage?

Una hora más tarde, oyó voces y risas en la sala de la posada. Los hombres que estaban allí rieron atronadoramente cuando el doctor Borglum les contó uno de sus famosos chistes verdes.

* * *

Había alguien junto a la cama. Hannah agarró el borde de las sábanas con manos crispadas. No quería abrir los ojos. Sabía que vería el rostro del ladrón, con aquella horrible herida en el lado izquierdo de la cara. No, no quería ver más aquel espantoso rostro...

Una mano se apoyó sobre la suya.

—¡No, déjeme, no quiero verle! —chilló Hannah—. Déjeme...

—Señora Pellus, soy yo, el doctor Borglum. Jeff, su buen amigo.

Ella tenía aún los ojos cerrados, los párpados fuertemente apretados.

—No, usted no es...

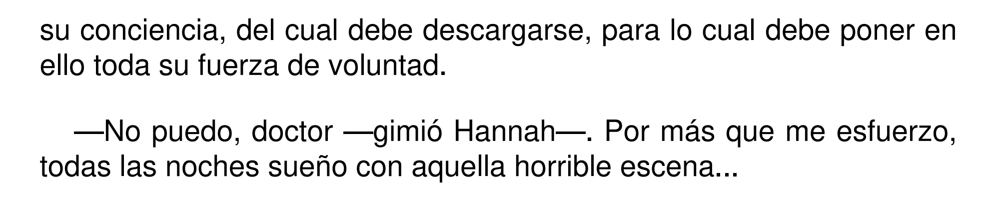
—Abra los ojos. Soy Jeff. Se lo suplico...

Hannah cedió al fin. Un hondo suspiro brotó de su pecho.

—Jeff...

Las lágrimas resbalaban sobre sus mejillas. Borglum se sentó en el borde de la cama y le dio unas afectuosas palmaditas en la mano.

—Cálmese, estoy aquí para curarla —sonrió el psiquiatra—. Tiene que olvidar lo que sucedió aquella noche. Ese es un terrible peso en


su conciencia, del cual debe descargarse, para lo cual debe poner en ello toda su fuerza de voluntad.

—No puedo, doctor —gimió Hannah—. Por más que me esfuerzo, todas las noches sueño con aquella horrible escena...

Borglum frunció el ceño.

—A veces me pregunto si no hay en su mente alguna otra idea que también le causa una gran pesadumbre. Esa idea, pienso, debe de estar relacionada de algún modo con el ladrón que intentó asaltar su casa. Dígame, con toda sinceridad, ¿qué hay aquí de valor? ¿Joyas?

—No... no son demasiadas... Nunca he tenido muchas joyas...

—Los cuadros son bonitos, pero más bien corrientes. ¿Cubiertos de plata? Bien, quizá

puedan resultar atractivos para un ladrón, pero pienso que el que entró aquella noche en esta casa buscaba algo de mucho valor. Trate de pensar, señora —rogó el psiquiatra.

—No sé, no sé...
Borglum sonrió.

—Bien, no tiene importancia. Hannah, yo dormiré aquí esta noche. Si me necesita, no tiene más que tirar de la campanilla.
—Gracias, Jeff.

—He estudiado la cinta grabada que me dio su esposo. Mañana conversaremos sobre ella. ¿Le parece bien?
—Sí, desde luego.

Borglum se marchó. Hannah pensó que ahora se sentía mejor. Realmente, la visita del psiquiatra había resultado muy confortadora.

Pasada la media noche, sin embargo, despertó bruscamente. Algo irresistible la impulsó a levantarse.

Lentamente, como un espectro, salió del dormitorio y descendió a la planta baja. Paso a paso, se acercó a la biblioteca y abrió la puerta.

Con movimientos maquinales, atravesó la estancia y llegó frente al cuadro que ocultaba la caja fuerte. Después de hacerlo girar, acercó la mano a la rueda de la combinación.

Súbitamente, retrocedió un paso, como si hubiese sufrido una descarga eléctrica.
—No, no...

Vacilaba, estaba a punto de caerse. Con la mano izquierda, tuvo que apoyarse en el respaldo del sillón. La derecha se apoyaba sobre su pecho, en el que el corazón latía con ritmo vivísimo.

Por segunda vez se acercó a la caja y de nuevo volvió a retroceder. De súbito, dio media vuelta y echó a correr hacia el piso superior.

A los pocos minutos, un hombre asomó por detrás de unas cortinas. Había en su rostro una expresión de cólera infinita.
—Condenada estúpida...

Pasados unos momentos, el hombre cruzó la biblioteca, apagó las luces y desapareció. La estancia quedó en el más completo

silencio.
Fuera, al pie de una de las ventanas, Sinclair y Wanda cambiaron una mirada.
—¿Has visto lo que he visto yo? —preguntó él.

—Sí, Gus.
—Muy notable, ¿no le parece?

—Notabilísimo. Y criminal. Sinclair asintió.

—Parece mentira... El propio psiquiatra que debiera curarla, está en connivencia con el esposo.
—Pero ¿es psiquiatra?
—Quizá mañana, es decir, luego, tenga noticias al respecto.

—Gus, hay algo que me extraña sobremanera —dijo ella.
—Hable, Wanda.

—Está claro que Hannah vino a la biblioteca para abrir la caja fuerte. Sin embargo, una

fuerza superior a la suya se lo ha impedido, y no una sola vez, sino dos. ¿Por qué no ha podido abrir la caja?

—Estoy pensando en un bloqueo de su mente, Wanda.
—¿Cómo?

—Sí. De alguna manera, alguien, «incrustó» en su mente la idea que no debía abrir la caja.
—¿Nunca? ¿En ninguna circunstancia?

—Sólo cuando llegue el momento adecuado, que no sabemos cuándo se producirá ni qué estímulo externo romperá la barrera mental que ahora le prohíbe abrir la caja fuerte.

—Sin embargo, hay algo que no acabo de entender —dijo la muchacha. Sinclair la miró inquisitivamente. Wanda continuó:

—La caja fuerte está ahí. Contiene algo de muchísimo valor. Si yo fuese el esposo, liquidaría a mi mujer, por supuesto mediante un procedimiento que no me trajese complicaciones con la justicia.

—Y luego volaría la caja fuerte.

—Exactamente. ¿No cree que sería una buena idea? Naturalmente, visto desde el lugar que ocupa el marido.

—Sí, pero ese plan tiene serios inconvenientes. El primero, es que quizá la muerte de Hannah no fuese considerada como accidental. Y, el segundo, y aún más importante, es que la caja no puede ser violentada. Posiblemente contiene en su interior alguna trampa explosiva, conectada, además, a una sustancia incendiaria, la cual, al funcionar, destruiría cuanto está en ella guardado.

Wanda se mordió el labio inferior.

—Sí, quizá tenga usted razón—. De pronto sintió un escalofrío—. ¡Demonios; pienso que quizá estuve a punto de saltar por los aires cuando hacía girar la ruedecilla!
Sinclair sonrió en la oscuridad.
—Afortunadamente, está entera. Y muy sana —dijo.

—Limpie su mente de pensamientos turbios, lujurioso individuo —exclamó ella, picada.
—¿Es usted frígida?

Furiosa, Wanda levantó la mano, pero Sinclair agarró su muñeca a tiempo.

—Cuidado, el chasquido de una bofetada podría delatar nuestra presencia aquí. Le dejaré que me pegue cuando estemos lejos.

—Muy bien, entonces, vámonos.

Abandonaron la casa. A los pocos minutos, oyeron crujidos de ramajes.

Alguien escapó a la carrera delante de ellos. Wanda se asustó. Sinclair rodeó su cintura con un brazo.

—No se preocupe; debe de ser Kyle —dijo.

—¡Kyle! —se sorprendió ella—. Pero ¿qué hacía por aquí?

—Preciosa, sospecho que el rudo y fornido Alex Kyle está enamorado hasta el tuétano de la señora Pellus.

—¡Oh, ya comprendo! El encendedor...

—Sí, justamente.

—Pero ella se casó con Pellus.

—Un gravísimo error.
—Y Kyle quiere subsanarlo.

—Ojalá lo consiga. Aunque no por la violencia, claro, sino desenmascarando al criminal que sospecho es Edwin T. Pellus —concluyó Sinclair enfáticamente.

CAPITULO X

—Usted está enamorado de Hannah.

Sinclair soltó su frase, mientras untaba una tostada con mantequilla a la mañana siguiente en la posada. Frente a él, Kyle respingó ligeramente.

—¿Qué le hace suponer tal cosa? —preguntó.

—Tiene un mechero que fue de Hannah cuando aún era soltera. Se pasa las noches merodeando en torno al Cottage. ¿Quiere más pruebas?

—Pellus la engañó —dijo Kyle cortantemente.

—Hannah ya es lo suficientemente mayorcita para saber qué le convenía —alegó Sinclair.

—¿Usted no se ha equivocado nunca?

—Muchísimas veces, Alex.

—Hannah era una mujer inexperta...

—¡Caramba, si ya tiene treinta años!

—Veintiocho. ¿Y no ha habido en el mundo mujeres de edad muy superior que se han dejado engañar?

Sinclair sonrió.

—Tiene usted respuesta para todo —dijo—. Pero ¿qué puede hacer en este caso?

—Es muy sencillo: quiero demostrar que Pellus indujo a su esposa al asesinato.

—Ella se defendió, está probado.

—Yo me refiero a la muerte de Mildred Wakelman.

—Ah —murmuró Sinclair—. De modo que fue ella.

—Sí, aunque no en un estado normal, sino bajo una presión mental que no pudo resistir.

—Es decir, le ordenaron que matase a Mildred...

—Ella tiene la obsesión de que el ladrón vive y vuelve continuamente para torturarle con su presencia. Pellus mantiene viva esa obsesión y la acentúa más y más a cada momento.

Sinclair entornó los ojos.

—Pero hay cosas que no se hacen sin un interés determinado —arguyó.

—Sí.
—¿Cuál es ese interés?

—Un millón de libras esterlinas.
Las manos de Sinclair se aferraron al borde de la mesa.

—No puedo creerlo —musitó.
—Lo crea o no, es la verdad.

—Un millón de libras —repitió Sinclair.
—Diez mil billetes de a cien.

—Mareante, de vértigo...

—¿Verdad que sí? —sonrió Kyle. Sinclair le miró oblicuamente.

—Entonces, usted...

—Gus, a mí me interesa Hannah —dijo—. Yo la amo por lo que es, por ella misma y no por el millón que está en el Cottage. Además, ese millón no le pertenece.

—¿Cómo?

—Es el producto de una operación ilegal en la cual, por supuesto, Hannah no tiene arte ni parte. Algún día le contaré la historia; de momento, ya le he dicho bastante.

—En tal caso, supongo que todo el mundo está interesado en la caja fuerte, cuya combinación nadie conoce y que, por lo mismo, resulta imposible de abrir.

—Hannah sí conoce la combinación, Gus.

—Pero no quiere decirla, no quiere abrir la caja.

—Porque no puede.

—Entonces es cierto. Tiene bloqueada la mente.

—Exacto.

—¿No hay forma de desbloquear esa mente?

—Si la hay, yo no la conozco, Gus. —Kyle se limpió los labios—, Y ahora, perdóneme, pero tengo que hacer.

Kyle se levantó.

—Para mí, lo más sencillo sería tender una emboscada a Pellus y pegarle cuatro tiros, pero no quiero hacerlo —añadió—. Cuando Hannah vuelva a mí, debe hacerlo de una forma limpia y honesta. No sé si me entiende...

—Le entiendo muy bien —sonrió Sinclair—. Alex, una pregunta más, por favor.

—Diga, Gus.

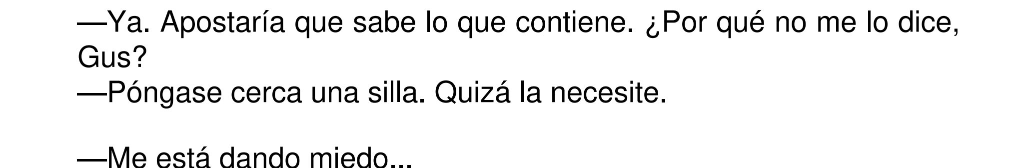
—¿Cree posible la existencia de una trampa explosiva en la caja fuerte?

—Seguramente.

Kyle se marchó. Wanda se acercó a poco y empezó a recoger los cacharros del desayuno.

—Una conversación muy interesante, supongo —dijo.

—Interesantísima. Hablábamos de la caja fuerte.


—Ya. Apostaría que sabe lo que contiene. ¿Por qué no me lo dice, Gus?
—Póngase cerca una silla. Quizá la necesite.

—Me está dando miedo...

—¿Le da mucho miedo un millón de libras?
Wanda puso los ojos en blanco.
—¡Quién lo pillara! —exclamó—. Oiga, ¿de veras...?
—Sí, eso es lo que contiene la caja fuerte.

—¿Supongo que lo sabe la señora Pellus.
—Es más que probable, Wanda.

—Entonces, ¿Por qué no abre la caja fuerte y se larga a disfrutar de ese dinero?

—Wanda, a mí me gustaría poder contestarle a esa pregunta. Tal vez, si yo fuese el doctor Borglum... es decir, el supuesto psiquiatra.
—¿Qué? —dijo la muchacha.

—No existe ningún doctor Borglum. El hombre que actúa bajo ese nombre es un impostor.
Wanda se aterró.
—¡Oh, Dios mío, en tal caso, Hannah está perdida! —exclamó.

* * *

—Veamos —dijo el doctor Borglum—, esta noche, por fortuna, no ha tenido ninguna pesadilla.
—No —contestó Hannah.

—Parece que, aunque mínima, hemos conseguido una ganancia, lo cual no deja de resultar satisfactorio. Pero aunque no le guste, y pensando que es por su bien, que lo hago para que se cure, voy a hacerle algunas observaciones que le ruego conteste con la mayor sinceridad posible.
—Sí, doctor.

—Usted sueña a veces con el ladrón que intentó asesinarla. Pero es evidente que aquel individuo no entró aquí con ese fin. Quería robar.

Hannah asintió.

—Lo que ese individuo quería robar está en la caja fuerte de su biblioteca, a mi entender —continuó Borglum—. Usted le sorprendió allí...
—Exactamente, doctor.

—¿Hay algo de valor en la caja fuerte?
—No lo sé.

Borglum arqueó las cejas.
—¿Es posible? —preguntó.

—Esa caja fuerte se instaló por encargo de mi padre. Yo nunca la he abierto ni sé lo que pueda haber en su interior.

—¿No se confió su padre con usted?
—No, doctor.

—¿Ni le dijo siquiera la combinación de la caja?
—No.

—Es extraño. ¿Puede sentir un padre tanta desconfianza hacia su hija como para ocultarle algo de relativa importancia?

—Lo ignoro, doctor. Mi padre era un hombre muy reservado. Borglum sonrió.

—Bien, bien. —Se inclinó hacia adelante—. Dejemos el tema por ahora. Hoy la veo mucho más tranquila, lo cual, como puede comprender, me satisface enormemente.

Borglum tomó una de las manos de Hannah con las suyas y le dio algunas palmadas afectuosas.

—Salga a dar un paseo, disfrute del sol y del aire puro... Eso elevará su espíritu y tonificará sus nervios.

Hannah no dijo nada. Sus ojos estaban morbosamente fijos en la mano que daba golpecitos sobre la suya.
Aquella mano...

La leve línea blanquecina en un dedo, que señalaba la ausencia de un anillo...
¿Por qué se afeitaba el doctor Borglum los dorsos de sus manos?

—Sí... —dijo con voz temblorosa—, daré un paseo. Antes, sin embargo, subiré a mi

habitación para cambiarme de ropa...

Hannah sentía que el corazón le palpitaba locamente. ¿Eran ciertas sus sospechas?, se preguntó, terriblemente acongojada.

Procurando mantener un paso firme, subió al primer pisó. Abrió la puerta del dormitorio.

La sensación de que allí había alguien invadió bruscamente su ánimo. ¿El asesino otra vez?

Junto a la entrada, había una consola con una pequeña Venus de bronce. Hannah agarró la estatuilla y avanzó unos pasos.
Separó las cortinas, miró el cuarto de baño...

Respiró aliviada. No había nadie, sólo habían sido aprensiones suyas. Pero la mano del doctor Borglum...

Empezaba a darse cuenta de que estaba siendo objeto de una terrible conspiración. Sin embargo, no sabía a quién acudir en demanda de ayuda.
Si al menos supiera dónde encontrar a Alex Kyle...

Cuando volvía la estatuilla a su sitio, algo se desprendió de su base, revoloteó y cayó al suelo. Terriblemente intrigada, Hannah dejó la estatua, se inclinó y recogió el papel, que aparecía enrollado. Entonces comprendió que era un mensaje y que había estado escondido en el hueco interior de la diosa de bronce.

* * *

Wanda llamó a la puerta y abrió sin más. Al fondo del dormitorio, frente a la ventana, estaba el ocupante de la habitación.

—El té, señor —anunció.
El hombre se volvió. Wanda, aterrada, dio un paso hacia atrás.

—¡Dios mío, no! —gritó.

El hombre tenía una horrible herida en el lado izquierdo de la cara, una raja sangrienta que le llegaba desde la oreja hasta el mentón. Pero, de repente, levantó la mano y tiró de los pelos.

El rostro de Kyle apareció en el acto.

—¡Hola! —sonrió Kyle.

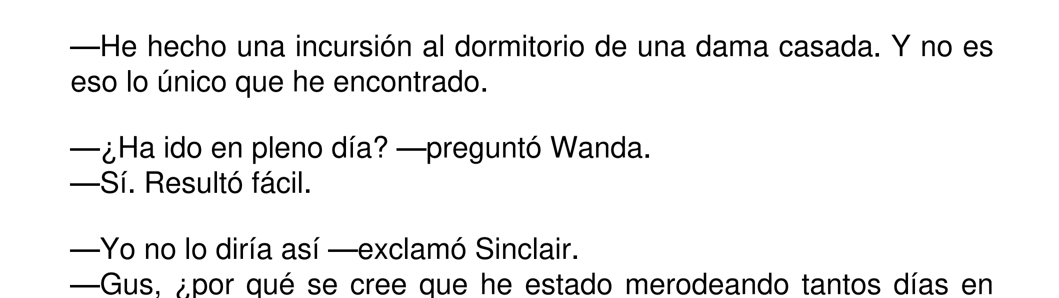
Wanda sintió que se le doblaban las piernas.
—Me ha dado un susto de muerte —dijo.

—Lo siento. No era mi intención asustarla.
La puerta del baño se abrió en aquel momento. Sinclair se detuvo en el umbral.
—¿Reunión de espías? —preguntó de buen humor.

Wanda dejo la bandeja sobre la mesa y se puso en una mano en el pecho.

—Tengo el corazón hecho un flan —dijo—, Alex, enséñele la máscara a Gus. Sinclair avanzó unos pasos. Al cabo de unos segundos, dijo:
—La cara de Ellis, supongo.
—Justamente —confirmó Kyle.

—¿De dónde la ha sacado, Alex?



—He hecho una incursión al dormitorio de una dama casada. Y no es eso lo único que he encontrado.

—¿Ha ido en pleno día? —preguntó Wanda.
—Sí. Resultó fácil.

—Yo no lo diría así —exclamó Sinclair.
—Gus, ¿por qué se cree que he estado merodeando tantos días en torno al Cottage?

—Ha estudiado las costumbres de sus habitantes —adivinó la chica.

—En efecto. El Cottage está al norte, con relación a Killonby. El bloque destinado a la servidumbre, aunque forma parte del edificio, es, en cierto modo, independiente y sólo se comunica interiormente por una puerta. Pero está al norte del Cottage, es decir, visto desde aquí, queda al otro lado.
—Creo que comprendo —murmuró Sinclair.

—Por tanto, me acerqué desde el sur. A estas horas, la servidumbre está siempre ocupada en sus trabajos. La fachada que da al mar queda completamente descuidada. Yo llegué allí y trepé al dormitorio de Hannah, aprovechando el tronco de una hiedra.

—Y para volver, realizó la misma operación.

—Exactamente.
—Bien, pero, díganos, ¿qué ha encontrado además de la máscara?

Kyle metió la mano en el interior de su chaqueta y extrajo un objeto de forma plana, que mostró a sus interlocutores.

—Si no son capaces de adivinar lo que hay grabado aquí, es que carecen por completo de imaginación —dijo.

CAPITULO XI

—Hemos de celebrar un consejo de guerra —sugirió Sinclair, después de unos instantes de reflexión.

—Y elaborar un plan de ataque —apuntó Wanda.

—Borglum no existe, esto queda fuera de toda duda —dijo Sinclair —. Pero entonces, ¿quién es el tipo que se hace pasar por un psiquiatra?

—¿No se les ha ocurrido imaginárselo? —sonrió Kyle.

—A ver, dígalo —exclamó la muchacha—. Apostaría algo bueno a que usted lo sabe. No deje que me devore la curiosidad.

—En todo caso, el que se la comerá será Gus.

—Déjese de bromas, hombre. Hable de una vez.

Kyle asintió. Cuando terminó, Sinclair y Wanda se sentían pasmados.

—¿Es posible? —dijo el joven.

—Recuerden, se trata de un millón de libras.

—Bueno, pero ¿de dónde salió esa suma tan fantástica? —quiso saber la muchacha.

—Fue reunida por el padre de Hannah. Murió en un accidente de automóvil y se sospecha que no era tal accidente.

—Entonces, el padre de Hannah...

—Estaba metido en asuntos ilegales. Ellis era uno de sus cómplices. Pero lo burló y Ellis, probablemente, lo quitó de en medio. Luego, un día, vino en busca del dinero.

—¿Y ella? —preguntó Sinclair.

—Siempre fue ignorante de las actividades de su padre.

—Lo cual viene a significar que, de algún modo, Pellus se enteró de ¡a existencia de esa suma y quiso apropiársela.

—Exactamente. Sin embargo, cometió un error, aunque, en cierto modo, disculpable. Hannah no conocía la clave de la caja fuerte.

Sinclair agitó las manos.

—Todo eso está muy bien, salvo por algo que resulta incomprensible —dijo.

—¿Qué, Gus?

—Parece ser que Pellus ha estado destrozando deliberadamente a su esposa, quiero decir su parte psíquica, todo ello con la esperanza de conocer algún día la clave que le permita poner su mano sobre el millón de libras. Ahora bien, dados los procedimientos que ha empleado, ¿cómo no ha conseguido hasta ahora ningún fruto?

—Eso es lo que no sé —respondió Kyle—. Y también a mí me resulta incomprensible. Una mente bloqueada por procedimientos hipnóticos o parahipnóticos puede ser desbloqueada por los mismos medios.

—Y no ha sido así... —dijo Sinclair, meditabundo.

—¡Lo cual significa que Hannah desconoce la clave! —exclamó Wanda triunfalmente. Sinclair y Kyle cambiaron una mirada.
—Pues no es para alegrarse precisamente —dijo el primero.

—Claro que sí. Al menos, Pellus no se aprovechará de ese dinero. Kyle se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

—Me gustaría poder ponerme en contacto con Hannah, sin que lo supiese su criminal esposo —dijo.

Wanda se apoderó de la bandeja.

—Procure dar con una idea aprovechable —aconsejó, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

Cinco minutos después, volvía precipitadamente, todavía con la bandeja en las manos.

—Estaba abajo y ya se ha ido. Como me conocía, he tenido que esconderme —dijo ahogadamente.

Sinclair se acercó a la muchacha.

—Pero, ¿a quién se refiere? —preguntó.

—Sinnfair. Estaba tomando unas copas en el mostrador y preguntó por el camino de Shawnbridge Cottage —respondió Wanda.

* * *

—Lo siento, señora —dijo la voz de mujer—. El señor Kyle se halla actualmente fuera de Londres.

—Oh —gimió Hannah—. ¿Sabe si tardará mucho en volver? ¿No puede decirme dónde se encuentra actualmente?

—Por supuesto, señora Pellus. El señor Kyle está en Killonby y se hospeda en la posada de El León Negro.

—Killonby... —repitió ella alborozadamente—. Muchas gracias, señora.

Era la mejor noticia que podía recibir, pensó Hannah, mientras marcaba el número de la posada.

Segundos después, oyó la voz del dueño.

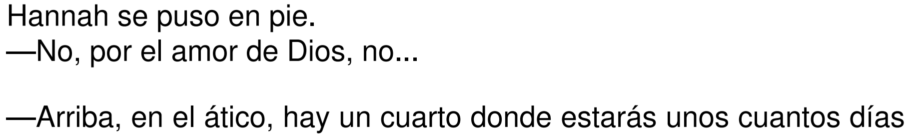
—Soy la señora Pellus. Por favor, deseo hablar urgentemente...

Una mano cortó la comunicación en aquel mismo instante. Hannah sintió un terrible escalofrío.

—Por favor —pidió.

Su esposo le quitó el teléfono y lo dejó sobre la horquilla.

—Voy a encerrarte —dijo.


Hannah se puso en pie.
—No, por el amor de Dios, no...

—Arriba, en el ático, hay un cuarto donde estarás unos cuantos días encerrada, hasta que reflexiones y cedas. Tú ya sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

En los labios de Pellus había una sonrisa infernal. Hannah sintió un miedo espantoso, aunque, paradójicamente, se notó al mismo tiempo fuerte y valerosa.

—No sé nada de lo que tú deseas, y aunque lo supiera, tampoco te lo diría. Empiezo a comprender que sólo buscabas una cosa y no era yo precisamente.
—Ya era hora de que te dieses cuenta de ello, querida.
La mano de Pellus aferró la muñeca derecha de su esposa.

—Vamos —dijo.
Hannah prefirió obedecer. Era la mejor forma de evitar violencias físicas.

Cuando ya estaba al otro lado de la puerta de su encierro, Pellus dijo:

—Yo me encargaré de subirte la cena a tu dormitorio, a fin de no molestar a la servidumbre, ¿comprendes? Y mañana por la mañana, cuando despierten, diré que el doctor Borglum ha tenido que llevarte para atenderte personalmente en su sanatorio.

Pellus se miró la mano en la que ya lucía de nuevo el anillo de boda y sonrió.

—Fue un pequeño error —añadió—. Pero hacía bien el papel de psiquiatra, ¿verdad? La puerta se cerró y Hannah quedó a solas. Su esposo, pensó, había sabido elegir bien el

encierro. Era una habitación situada directamente bajo el tejado, con un minúsculo ventanuco, situado hacia la parte que daba al mar.

Desde allí, aunque se desgañitase gritando, no podrían oírle los criados.

Pero ahora, inexplicablemente, se sentía más serena. A pesar de que sabía se hallaba en una crítica situación, empezó a pensar en la forma mejor de escapar de su encierro.

Mientras, Pellus, al llegar a la planta baja, se había encontrado con una sorpresa.

—¿Qué diablos haces aquí, Ally? —preguntó.

Allymount Sinnfair tenía una copa en las manos y contempló el licor al trasluz, mientras sonreía de un modo especial.

—He venido a acabar este maldito negocio de una vez por todas, Edwin —respondió.

—Es curioso —dijo Wanda, mientras servía la cena—. La señora Pellus ha llamado esta tarde a la posada, pero ha colgado inmediatamente.

Kyle se irguió en su silla.

—¿Cómo dice, Wanda?

—Sí, lo que ha oído. Me lo ha contado el patrón... Hannah llamó y dijo que quería hablar urgentemente, pero no dio ningún nombre, porque la comunicación se cortó en el acto.

—En el Cottage pasa algo —dijo Sinclair—. Alex, ¿sabe Hannah que usted está aquí?

—No, en absoluto. Cuando ella entró en su dormitorio, vo estaba escondido bajo la cama.

—Si hubiese querido llamar a la Policía de Killonby, lo habría hecho directamente — calculó Wanda.

—Entonces, no se hable más: quería hablar con usted, Kyle —afirmó Sinclair. Kyle asintió y se puso en pie.
—Vuelvo en seguida —dijo.
Sinclair y Wanda cambiaron una mirada.

—Me parece que esta noche hará crisis el asunto —dijo él.

—Lo presiento —murmuró la chica. Kyle volvió unos minutos más tarde.

—Confirmado —dijo—. Hannah llamó a mi casa de Londres. Dijo que quería hablar urgentemente conmigo y mi madre le indicó mi dirección en Killonby.

—Entonces, si la comunicación se cortó tan pronto, es que Pellus la sorprendió hablando por teléfono —adivinó Sinclair.
—Voy a mi cuarto —dijo Kyle—, Tengo un revólver...

—Alex, calma.
Kyle se volvió. Sinclair señaló la silla vacía.

—Siéntese —ordenó—. Mantenga la cabeza serena. No se deje llevar por los nervios.

—Gus, ella está en grave peligro. Incluso puede que ya haya muerto a estas horas...

—No.

—Escúchele, Alex —aconsejó Wanda. Kyle se sentó.

—A Pellus le conviene que Hannah siga con vida. Nosotros sabemos que ella desconoce la clave de la caja fuerte, pero él no lo sabe. Sigue suponiendo que Hannah sabe cómo abrir ese cofre del tesoro y, por tanto, la mantendrá con vida Tal vez continúe presionándola, con la «fabricación» de sus pesadillas..., pero Hannah ha resistido mucho hasta ahora. ¿Por qué no va a resistir un poco más?

—¿Qué me dice de la tortura física? Sinclair hizo un gesto negativo.

—Pellus sabe perfectamente que no adelantará nada por ese camino —contestó—. Si ha sorprendido a Hannah intentando telefonearle a usted, lo más seguro es que la haya encerrado en alguna parte, quizá en su propia habitación... pero esta misma noche, vamos a ir y la liberaremos de ese refinado verdugo.

Kyle respiró hondamente.

—Si lo conseguimos, para mí será una especie de liberación —aseguró—. Hannah ha estado padeciendo unas horribles pesadillas, pero, créanme, las mías no han sido menores... aunque mejor podría hablar de una pesadilla continua, ininterrumpida...

Wanda le miró con simpatía.

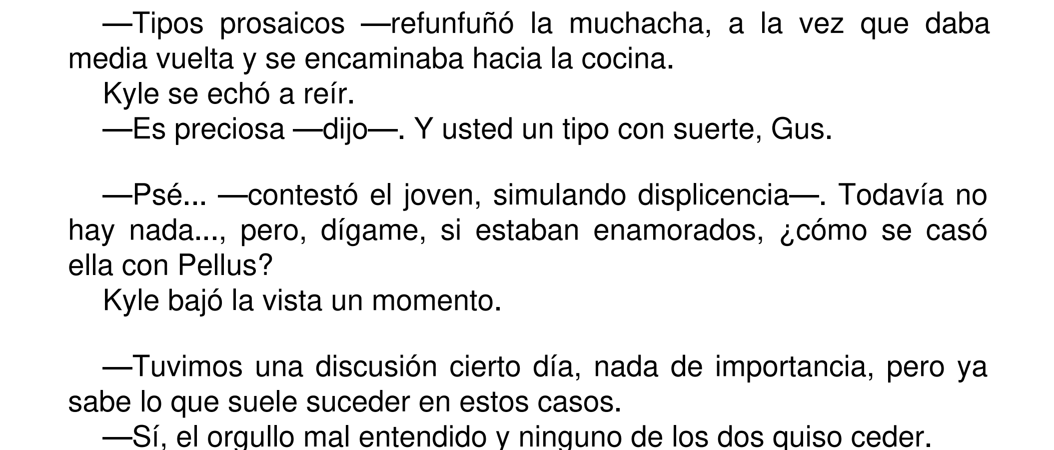
—Esto ya no puede durar —dijo—. Por cierto, Gus, ¿a qué hora iremos al Cottage? Sinclair carraspeó.

—Ejem... Señorita, por favor, ¿querría usted servir la sopa que, según la carta, es el primer plato de la cena?

—Vaya, ¿es que tienen que decirse cosas que yo no debo

escuchar?

—No; estamos muertos de hambre.



—Tipos prosaicos —refunfuñó la muchacha, a la vez que daba media vuelta y se encaminaba hacia la cocina.

Kyle se echó a reír.

—Es preciosa —dijo—. Y usted un tipo con suerte, Gus.

—Psé... —contestó el joven, simulando displicencia—. Todavía no hay nada..., pero, dígame, si estaban enamorados, ¿cómo se casó ella con Pellus?

Kyle bajó la vista un momento.

—Tuvimos una discusión cierto día, nada de importancia, pero ya sabe lo que suele suceder en estos casos.

—Sí, el orgullo mal entendido y ninguno de los dos quiso ceder.

—Exacto. Nos distanciamos un poco... y un día, no sé cómo, Pellus apareció en su vida.

—Y Hannah tuvo un momento de debilidad.

Kyle asintió.

—Yo tuve que hacer un viaje muy largo. Sé que ella llamó a mi casa en alguna ocasión, pero mi madre también estaba ausente. Resumiendo, Pellus consiguió convertirla en su esposa.

—Si conseguimos probar que la incitó al asesinato de Ellis, podrá ser procesado y entonces, Hannah tendrá motivos más que suficientes para conseguir una sentencia

favorable de divorcio. Wanda llegó con la sopera.

—Les recomiendo que no la prueben —dijo—. He puesto un par de cucharadas de arsénico.

—Wanda, por usted, Gus comería vidrios molidos —rió Kyle.

—Oh, no, por el amor de Dios. Con lo bien que sé cocinar... Un marido con el estómago hecho trizas no sabría apreciar el sabor de mis guisos —contestó ella muy seria.

CAPITULO XII

—En resumen, no conoces la clave —dijo Sinnfair.
—No. Nadie la conoce.

—Y no te atreves a descerrajar la caja.
—Puede haber una trampa explosiva. O incendiaria —contestó Pellus.

—Tendremos que correr ese riesgo, Edwin.
—Es una caja terriblemente sólida, Ally.—Habrá tiempo más que suficiente... después.

—¿Después? ¿Qué quieres decir? Los dos hombres estaban en el salón. Sinnfair se puso en pie.
—Creo que una copa nos sentaría bien a ambos —propuso—. ¿Brandy, Edwin?
—Sí —accedió Pellus.
Sinnfair se dirigió al aparador de los licores.

—Tendremos tiempo más adelante, pero ahora es cuestión de abreviar —dijo—. Es preciso que encuentres la forma de quedarte viudo, Edwin.
—¡Ally!

—Piénsalo bien. Nos espera un millón de libras. Medio millón para cada uno. Una mujer en el estado de Hannah puede sufrir infinidad de accidentes. Quiero decir que hay diversas formas de eliminarla sin que parezca intencionado. Entonces, pasado un plazo prudencial, tú despedirás a la servidumbre y un día podremos volver aquí y emplear todo el tiempo que necesitemos para abrir la caja.

Sinffair volvió junto a su amigo y le entregó una copa.

—Consúltalo con la almohada y encuentra pronto una solución. Mejor mañana que pasado, ¿estamos?

Pellus apuró su copa de un solo trago.

—¿Por qué no sabe ella cuál es la combinación? —exclamó furiosamente—. Lo he intentado todo, todo... Siempre contestó negativamente; ni siquiera los *shocks* que sufrió fueron suficientes para levantar el bloqueo de su mente...

—Bien, ya lo has intentado y no has conseguido nada, así que olvídalo y vayamos a lo esencial. Mañana, a la hora del desayuno, volveremos a reunimos para discutir el plan definitivo. ¿Entendido?

Pellus asintió pesadamente. Bostezó un poco y dejó la copa a un lado.

—Tengo sueño —dijo. Sinnfair sonrió.

Esperaba que el narcótico que había puesto en el coñac de su amigo le hiciera dormir durante toda la noche. Tendría tiempo más que suficiente para intentar abrir la caja fuerte. En Londres había consultado con un especialista, quien le había instruido adecuadamente. Costaría mucho, seguro, pero antes de que saliera el sol, ya estaría muy lejos de allí, con los diez mil billetes de cien libras en su poder.

—Anda, ve a dormir —dijo, persuasivo—. Acuéstate y no pienses en nada más.

Pellus emprendió el camino de su dormitorio. Apenas alcanzó la cama, se dejó caer en ella boca arriba, los brazos y las piernas extendidos, y se durmió casi instantáneamente.

* * *

En su encierro, Hannah, rebuscando entre los muebles viejos que había allí almacenados, había conseguido encontrar una caja de fósforos y un par de velas viejas. Igualmente vio unas botellas, en un par de las cuales había tapones de corcho, y una antigua consola con algunos trozos de tela blanca, restos, seguramente, de sábanas o mantelerías desusadas.

Hannah ennegreció uno de los corchos con el humo de una vela y escribió un mensaje en uno de los trozos de tela.

Cuando oyera que había personas en la terraza y estuviera moderadamente segura de que no se trataba de su esposo, arrojaría el mensaje a través del ventanuco.

* * *

—La máscara reproducía fielmente las facciones de Ellis —dijo Kyle mientras se acercaban a Shawnbridge Cottage—. Supongo que, en alguna ocasión, Pellus se pre-sentaría ante Hannah para hacerle creer que el asesino seguía vivo.

—Sí, una vez vimos que le hacía algo parecido, aunque bajo la apariencia del doctor Borglum —manifestó Wanda.
Kyle soltó una risita sarcástica.

—Borglum y Pellus jamás coincidieron en el Cottage y ello por la sola razón de que no eran más que una sola persona. Yo le seguí en cierta ocasión. Pellus se había hecho un bigote y barbita postizos, iguales a los que usaba habitualmente. En realidad, se detenía en una población, a menos de cien kilómetros de distancia, y dejaba su coche en un garaje. Luego iba a un segundo garaje, donde tenía otro coche. Allí, con una peluca rubia, ropas más juveniles y el mostacho también rubio, tomaba el aspecto del desenvuelto doctor Borglum.

—Fantástico —dijo la muchacha—. Todo un actor, vamos.
—Y luego las cintas magnetofónicas —murmuró Sinclair.

—A pesar de lo que se dijo en el juicio, tengo la impresión de que Hannah estaba drogada. No con gran intensidad, sino lo suficiente para sumirla en un estado crepuscular, que la hiciese especialmente receptiva a los mensajes emitidos por el altavoz conectado al magnetófono.

—Alex, la cinta que ha traído no dice gran cosa —exclamó Sinclair.

—Lo sé, pero es que no quise entretenerme más —se disculpó Kyle—. En el aparato instalado en la cama, y que funciona con la simple presión del cuerpo humano, hay espacio para almacenar media docena de cintas de larga duración. Yo me llevé una y dejé dispuesta otra. De este modo, si Pellus examina la instalación, no podrá notar nada extraño.

—De modo que ella oía voces durante la noche... —dijo Wanda.

—Sí. El altavoz, muy bien disimulado, está en el sitio que ella ocupa en la cama. Naturalmente, si Pellus oía algo, tenía que hacerse el desentendido. Y si Hannah gritaba, los criados no podían oírla. Prácticamente, no se enteraban de nada de lo que había pasado durante la noche, hasta el día siguiente.

—Y aun así, Hannah no declaró jamás cuál era la clave de la caja fuerte —dijo Sinclair con aire meditabundo—. Lo cual, naturalmente, corrobora nuestras hipótesis : ella desconoce la clave.

—Bueno, pronto sabremos algo —exclamó la muchacha—. Lo importante es que a Hannah no le haya pasado nada. Con el tiempo, se curará y olvidará todo lo que ha sufrido.

—Eficazmente ayudada por Alex —sonrió Sinclair.
La casa se alzó de repente ante ellos. Sinclair franqueó el seto del lado sur.

—Parece que todo el mundo está durmiendo —dijo.
—Pellus estará con ella. ¿Qué haremos? —consultó Wanda.

—Yo me encargaré de él —respondió Kyle.

Ya estaban junto a la puerta que daba al salón. De repente, algo cayó revoloteando desde las alturas.

Sinclair lanzó una exclamación. Recogió el trozo de tela y vio que había unas letras de gran tamaño escritas en la blanca superficie.

—Wanda, ayúdame a tenerlo extendido —pidió—.
Alex, tu encendedor. La llamita del mechero iluminó el mensaje segundos después. Kyle leyó:

«Ayúdenme. Mi esposo me ha encerrado en el ático.»

—Está arriba —dijo Kyle excitadamente.

—Calma —recomendó Sinclair—, Vamos a ver si no cometemos una imprudencia...
Algo le interrumpió repentinamente: el estampido de un arma de fuego.

* * *

EL LADRON ESTA ABAJO, EN LA BIBLIOTECA. QUIERE MATARTE. MATALO.
¡MATALO! ¡MATALO!

MATA AL QUE QUIERE MATARTE. MATA AL LADRON.
MATA AL LADRON...

MATA AL LADRON...
MATA...

MATA...

MATA...

* * *

Sinnfair maldijo una y otra vez. A pesar del fonendoscopio, no conseguía captar el menor sonido de engranajes de la rueda de combinación. Había ensayado todas las combinaciones posibles, pero su esfuerzo no había dado aún el fruto apetecido.

Una vez más, volvió a la carga. De repente, presintió que no estaba solo en la silenciosa biblioteca.
Giró sobre sus talones. Pellus avanzaba hacia él.
—Edwin, ¿qué diablos haces aquí? —masculló—. Deberías estar dormido...

Pellus no contestó. Extrañado, Sinnfair observó que parecía como hipnotizado, con la mirada fija en un

punto invisible, el rostro inexpresivo y el cuerpo rígido como un maniquí.

—Edwin, quieto ahí —exclamó Sinnfair alarmado—. Quieto o te pegaré un tiro.

Una pistola apareció en su mano. En el mismo momento, Pellus descargó el primer golpe.

Sinnfair apretó el gatillo. Gritó.

Pellus volvió a golpearle con el cuchillo que había cogido de uno de los aparadores del comedor. La hoja entró y salió en el cuerpo de Sinnfair una y otra vez...

Chorros de sangre salpicaban a Pellus quien, a pesar de todo, continuaba apuñalando a Sinnfair.

Sinnfair, espasmódicamente, frenéticamente, disparó...

Disparó...

Y Pellus le acuchillaba.

La puerta de la biblioteca se abrió súbitamente. Sinclair vio el horripilante espectáculo de dos cuerpos cubiertos de sangre.

Detrás de él, Wanda lanzó un grito de horror. Sinclair la apartó casi brutalmente.

—Alex, usted suba a buscar a Hannah —indicó.

Kyle no necesitó que se lo repitieran y echó a correr en busca de las escaleras que conducían al piso superior. Sinclair volvió a lanzar una mirada a los dos hombres que yacían en el suelo, aún abrazados. Ya había cesado en ellos todo movimiento.

—Es preciso llamar a la policía —dijo.

* * *

—Resulta curioso que el instrumento forjado para conseguir dominar la voluntad de Hannah se volviese precisamente contra él —dijo Kyle—. Su socio quería traicionarle, harto ya de esperar, y decidió abrir la caja por su cuenta. Para ello, le puso un sedante en el brandy, ignorando la forma en que funcionaba el magnetófono. El sedante, en efecto, durmió a Pellus, pero, al mismo tiempo, lo hizo intensamente

receptivo a las órdenes que él mismo había grabado. La cinta empezó a girar apenas la presión de su cuerpo activó el interruptor y la orden de matar al ladrón en la biblioteca penetró en su mente de una forma irresistible.

—Bien, pero lo cierto es que Hannah mató a Ellis —dijo Wanda.

—Ellis había sido enviado por Sinnfair y Pellus estaba advertido, pero no quería compartir el botín con su socio. Pellus confiaba en que la mente de Hannah acabaría debilitándose hasta tal punto, que un día le diría la clave de apertura de la puerta, que ella, en circunstancias normales, le había dicho desconocía.

—A pesar de lo cual, Pellus no la creía —intervino Sinclair.
—No, no la creía.

—Entonces, Pellus actuaba según el conocido método de la ducha escocesa: una de agua caliente y otra fría. Ahora te pongo bien, ahora empeoras..., ahora ves al asesino, no ves más que visiones... Total, no consiguió nada.

—Y lo peor es que desconocemos la forma de abrir la caja —suspiró Michelson, presente en la reunión—. El padre de Hannah la encargó especialmente a un conocido suyo, quien murió hace algún tiempo, antes de que tuviéramos conocimiento de que el dinero estaba aquí. Richard Weghley murió también, atropellado intencionadamente por un automóvil, pero ya había conseguido esconder el dinero de que se había apoderado ilegalmente.

—Desty, ¿quién diablos, hoy en Inglaterra, es capaz de llevar un millón de libras esterlinas en billetes? —preguntó Sinclair.

Michelson sonrió de mala gana.

—La idea se le ocurrió a algún «brillante» cerebro del Departamento, para pagar a los agentes que operan en el extranjero. Weghley tenía conexiones, se enteró, mató al mensajero y se llevó el dinero. Naturalmente, decidió dejar pasar un tiempo, para que el asunto se «enfriase». Mientras, encargó la caja, pero Pellus y Sinnfair también se enteraron del asunto. Y, como es lógico, quisieron apoderarse del botín. La cosa se les encalló cuando vieron que no podían abrir la caja.

—¿Es cierto que hay alguna trampa explosiva? —preguntó Wanda.

—No lo sé. Estamos esperando la llegada de los expertos, que se encargarán de abrir la caja.

—Creo que no será necesario —sonó de repente la voz de Hannah.

Todos se volvieron a mirarla. Hannah, aliviada de la presión a que había estado sometida los meses anteriores, parecía una mujer enteramente distinta.

—Lo sabes —exclamó Kyle.

—Sí, pero mi padre no me lo dijo nunca. Simplemente, dejó un mensaje escondido en el hueco de una estatuilla... Por favor, ¿quién de ustedes conoce el sistema Morse?

Era una pregunta que dejó estupefactos a todos los presentes. Michelson, sin embargo, fue el primero en reaccionar.

—Yo —se adelantó.

Hannah
sonrió.

—La caja no se abre haciendo girar la rueda de la combinación, sino presionándola sucesivamente según la clave establecida de antemano. Una vez abierta, la clave puede variarse, con la puerta abierta, marcando, por morse, la frase de CLAVE NUEVA. Entonces, se señala, también por morse, la palabra o palabras que quieran constituir la nueva clave, se cierra y ya está.

—Increíble —dijo Sinclair.
—Fascinante —murmuró Wanda.

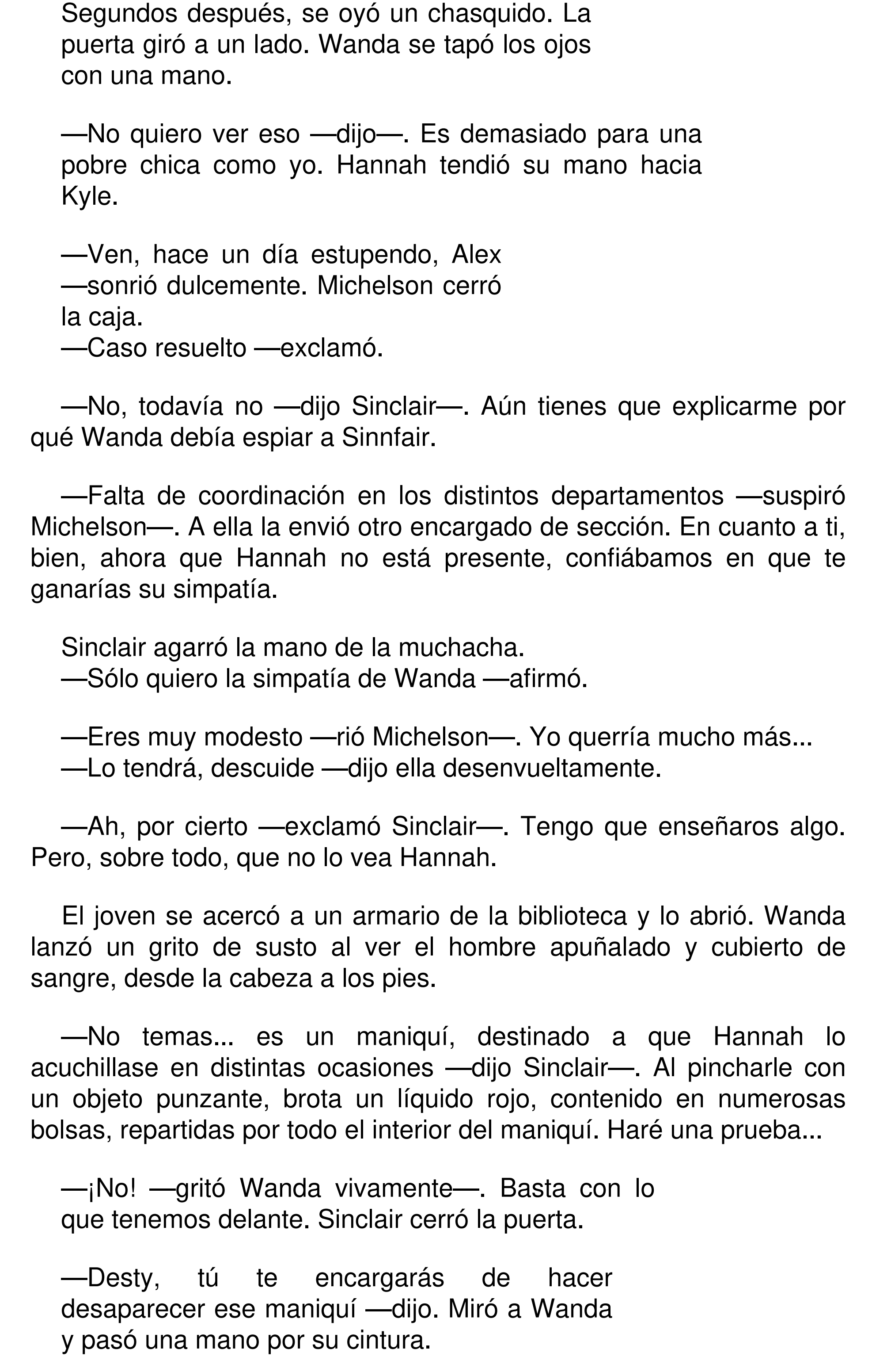
—Es lo más fantástico que he oído en los días de
mi vida —calificó Kyle. Michelson carraspeó.

—Bien, señora... Hannah, ¿cuál es la frase clave?

—Una, enteramente apropiada a las circunstancias —sonrió la joven—. Acérquese a la caja y, en morse, diga: «¡Abrete, sésamo!»
Michelson hizo un gesto de aquiescencia.

—Completamente lógico —concordó.

Dio media vuelta, se acercó a la caja, apoyó la palma de la mano en la rueda y empezó a señalar los puntos y rayas que componía las palabras de la frase clave.



Segundos después, se oyó un chasquido. La puerta giró a un lado. Wanda se tapó los ojos con una mano.

—No quiero ver eso —dijo—. Es demasiado para una pobre chica como yo. Hannah tendió su mano hacia Kyle.

—Ven, hace un día estupendo, Alex —sonrió dulcemente. Michelson cerró la caja.

—Caso resuelto —exclamó.

—No, todavía no —dijo Sinclair—. Aún tienes que explicarme por qué Wanda debía espiar a Sinnfair.

—Falta de coordinación en los distintos departamentos —suspiró Michelson—. A ella la envió otro encargado de sección. En cuanto a ti, bien, ahora que Hannah no está presente, confiábamos en que te ganarías su simpatía.

Sinclair agarró la mano de la muchacha.

—Sólo quiero la simpatía de Wanda —afirmó.

—Eres muy modesto —rió Michelson—. Yo querría mucho más...

—Lo tendrá, descuide —dijo ella desenvueltamente.

—Ah, por cierto —exclamó Sinclair—. Tengo que enseñaros algo. Pero, sobre todo, que no lo vea Hannah.

El joven se acercó a un armario de la biblioteca y lo abrió. Wanda lanzó un grito de susto al ver el hombre apuñalado y cubierto de sangre, desde la cabeza a los pies.

—No temas... es un maniquí, destinado a que Hannah lo acuchillase en distintas ocasiones —dijo Sinclair—. Al pincharle con un objeto punzante, brota un líquido rojo, contenido en numerosas bolsas, repartidas por todo el interior del maniquí. Haré una prueba...

—¡No! —gritó Wanda vivamente—. Basta con lo que tenemos delante. Sinclair cerró la puerta.

—Desty, tú te encargarás de hacer desaparecer ese maniquí —dijo. Miró a Wanda y pasó una mano por su cintura.

—¿Qué dirá el dueño de la posada? —preguntó.
—Ya sabe que no iba a estar mucho tiempo —contestó ella.

—En cambio, yo te diré dónde vas a estar mucho tiempo... toda la vida —dijo Sinclair. Michelson los empujó con ambas manos.
—Sí, pero díselo fuera, donde nadie os vea —exclamó jovialmente.

F I N

a través de cuyos volúmenes se narra la epopeya de unos hombres que, sin otras armas que sus manos ni otro código que el de

su peculiar filosofía, luchan esforzadamente por el BIEN Y LA JUSTICIA
APARICION SEMANAL BBERVE SU EJEMPLAR. PRECI025PTAS,

